6850

EL TEATRO.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICO-DRAMÁTICAS.

MARTA Y MARIA.

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

MADRID.
IMPRENTA DE D. ANSELMO STA. COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

CATALOGO *de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria*

EL TEATRO:

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afeetos de ódio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
A cada quien quieren las cosas.
Amor es sueño,
Y caza de cuervos.
Y caza de herencias.
Y mor, poder y pelucas.
Y mar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso ó verdá.
Abnegacion y nobleza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Ber a la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.
Borómetro conyugal.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo.
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego corrientes, 2.ª parte.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El cura de aldea.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!
El Justicia de Aragon.
El caballero del milagro.
El monarca y el judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor é interés.
Este cuarto se alquila.
El patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes.
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque.
El rey de bastos.
El trotegido de las nubes.
Fiarse en apariencias.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honrado y criminal á un tiempo.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Jaime el Barbudo.
Juan sin tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José María.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey Renè.
Los estremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La Banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
L boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La madre de San Fernando.
Las flores de don Juan.
Las Apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Las dos reinas.
La libertad de Florencia.
La archiduquesita.
Las prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la esperiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado.
Las querellas del rey Sábio.
La oracion de la tarde.
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La barquera de la Finojosa.
La flor del valle.

MARTA Y MARIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

Representado con grande aplauso en Madrid; original de Mr. Aniceto Bourgeois, y arreglado á la Escena Española

POR

D. José María Diaz.

MADRID:
Imprenta de D. Anselmo Santa Coloma,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/martaymaradramae1425anic

ACTO PRIMERO.

Patio-jardin de la casa del Doctor Donatien. A la izquierda, en primero y segundo bastidor, la entrada de la casa. Persianas verdes en las ventanas; parras y rosales. A la derecha, primero y segundo término, un cobertizo de verdura. En medio del patio tiestos de flores. En el fondo una hilera de árboles pequeños: en medio una gran puerta. A lo lejos la vista del bosque de Rosny. Al levantarse el telon se vé el patio lleno de gente. Unos llevan paja al granero, otros riegan las plantas y las flores; algunos enlazan la parra con el cobertizo. Todo esto debe representar un cuadro muy animado. Magdalena desde la puerta mira con inquietud hácia el camino.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, ALDEANOS.

MAGDALENA Así, hijos mios; daos prisa: os queda ya poco tiempo. El señor Donatien no debe tardar. Quiero que el recibimiento que se le haga sea brillantísimo. Ya lo sabeis; el señor Donatien es el bienhechor de los pobres, el protector de los desvalidos, la misma virtud en persona. ¿Quién será este caballero?

(*Aparece* THEOBALDO, *viajero, vestido con elegancia. Despues de detenerse algunos momentos á la puerta como reflexionando, se decide á entrar.*)

ESCENA II.

Los mismos. Theobaldo.

Theobaldo. ¿Vive en esta casa el señor Donatien, el médico de?...

Magdalena Sí señor... pero no está...

Theobaldo. ¿Vendrá pronto?

Magdalena Le esperamos de un momento á otro.

Theobaldo. En ese caso, si me lo permitis...

Magdalena Con mucho gusto; y si preferis aguardar en su habitacion...

Theobaldo. No; estoy bien aquí.

Magdalena. Como gusteis.—Perdonad, caballero, si mis ocupaciones... Ya veis... le queremos mucho... y como ha estado ausente tantos dias...

Theobaldo. Continuad en vuestras faenas. Por lo visto la vuelta del célebre doctor ha puesto á todo el pueblo en movimiento.

Magdalena Nada de eso, señor mio: es una manifestacion espontánea, una sorpresa que le preparamos... El señor Donatien, ni sospecha tiene de lo que está sucediendo en su casa.

Theobaldo. Se me figura que la sorpresa le costará el dinero.

Magdalena No le costará nada.

Theobaldo. ¿De veras?

Magdalena Lo que estais oyendo. Ya se conoce que no sois de este departamento. Si lo fuerais, sabríais que hace diez y seis años que el señor Donatien es el médico de este pueblo, y que en tan largo tiempo, no solo no ha permitido que los pobres le paguen sus visitas, sino que muchas veces les ha dejado dinero al lado de sus recetas.

Theobaldo. ¡Conducta generosa!

Magdalena Pero que nunca tendrá muchos prosélitos, porque al fin y al cabo, á nadie le gusta venir á menos; y el señor Donatien, nuestro ángel tutelar, de rico que era, está pobre. Al principio tenia muchos criados, arras-

traba coche... y hoy no le resta de su antiguo fausto sino su ya anciana Magdalena, y una jaca pequeñita sobre la que hace sus viajes á los pueblecillos de las cercanías. Ya veis si tenemos motivos mas que suficientes, para hacer algo en obsequio suyo. Por eso se han reunido voluntariamente los mozos del pueblo, y aprovechándose de su ausencia unos han compuesto el techo de la casa y arreglado el palomar; y otros han regado su jardin, puesto en órden sus macetas y engalanado el cobertizo.

THEOBALDO. Todo lo que me referis hace la apología de los habitantes de este pueblo. ¿Pero no me direis, señora Magdalena, por qué el doctor Donatien?...

MAGDALENA Figuraos, señor...

THEOBALDO. Vizconde de Lestrelles.

MAGDALENA Figuraos, señor vizconde, que en este pueblo se disfrutaba de la mejor salud; pero en Evreux se declaró hace quince dias una epidemia espantosa, y fué preciso que el señor Donatien... ¡Como es tan bueno! supo de la epidemia, tomó su caballito, y hasta hoy. Gracias sean dadas á Díos que nos le ha conservado.

DENTRO. ¡El doctor! ¡El doctor!

OTROS. ¡El señor Donatien!

TODOS. ¡Viva!

MAGDALENA Ya le tenemos aquí. Permitidme, señor vizconde...

ESCENA III.

Desórden general. Aclamaciones de alegría. Aparece el doctor DONATIEN *montado en una jaca pequeñita. Se detiene en la puerta y mira sonriéndose cuanto pasa á su alrededor.*

DONATIEN. ¡Buen Dios! ¿qué es lo que sucede? ¿Hay fuego en mi habitacion, ó el estranjero ha entrado á saco en el pueblo? Vamos, hablad (*bajando de la jaca*), Magdalena, hablad.

MAGDALENA Nada, señor; ¡la gratitud¡ Un recibimiento de familia. Sois el padre de los desvalidos y el amparo de los pobres, y los pobres y los desvalidos han querido daros un testimonio público de...

DONATIEN. Gracias, amigos mios. Pero siento que hayais malgastado el tiempo, y quizás algo de vuestros ahorros... ¿Quereís alguna cosa?

HOMBRE. El honor de estrechar vuestra mano, y nos iremos en seguida.

DONATIEN. Adios, pues. (*Confundiéndose en la multitud. Los aldeanos se retiran arrojando sus sombreros al aire.*)

MAGDALENA Aquel caballero os está esperando hace un buen rato.

DONATIEN. ¿Quién? ¡Por Dios que es el vivo retrato de mi buen amigo Lucenay!

ESCENA IV.

DONATIEN, THEOBALDO, MAGDALENA.

(*Magdalena se ocupa en poner la mesa para el almuerzo debajo del cobertizo.*)

DONATIEN. En verdad, caballero, que sí tuvierais diez y ocho ó veinte años mas, os abriria mis brazos, seguro de estrechar en ellos al mejor de mis amigos.

THEOBALDO. Os pido, pues, para su hijo la cariñosa acogida que hubierais dispensado á su padre.

DONATIEN. ¿Cómo os llamais?

THEOBALDO. Theobaldo, vizconde de Lestrelles.

DONATIEN. ¿De Lestrelles? No conozco á nadie de ese apellido.

THEOBALDO. No lo estraño; pero oidme y sabreis el poderoso motivo que me ha obligado á dejar el nombre de Lucenay, que es el de mi familia.

DONATIEN. ¡De Lucenay! Sí, sí, eso ya es otra cosa. Debeis ser hijo del compañero de mi infancia, del amigo de mi juventud, del bizarro capitan de navío Lucenay. No

he visto en mi vida mas completa semejanza. Supongo que pasareis á mi lado todo este dia. (*Estrechándole la mano con espresion.*)

THEOBALDO. Y mas tiempo aun, si me lo permitis...

DONATIEN. ¿Cómo si lo permito? Magdalena, dos cubiertos. Este caballero almuerza conmigo.

MAGDALENA Con mil amores... Ya está —

DONATIEN. A la mesa, pues, sin etiqueta. Tengo un apetito de viajero. Este Burdeos es escelente. (*Destapa una botella, echa vino en el vaso de Theobaldo, y en el suyo agua.*)

THEOBALDO. ¿Qué es eso, señor Donatien? ¿No haceis los honores á nuestro estomacal compatriota?

DONATIEN. No, no. Yo no bebo jamás. ¡El vino! ¡el vino! No bebo mas que agua.

THEOBALDO. ¡Qué espresion tan siniestra! ¿Y por qué?

DONATIEN. Os lo diré. Hará cosa de treinta y tres años... yo contaba entonces veinte y dos... que unos amigos imprudentes me obligaron á beber... ¡Una noche funesta de disipacion... de orgía! Cuando volví á mi casa tenia la cabeza ardiendo: habia perdido la conciencia de mi mismo. Mi madre, mi pobre madre, me estaba esperando... Sus reconvenciones me exaltaron... y estoy seguro que no la conocí, porque la insulté... ¡A mi madre! ¡A quien yo adoraba como á Dios! La pobre anciana avergonzada de mi conducta quiso echarme de su gabinete, arrojarme de su presencia... Yo entonces, furioso, delirante, osé levantar la mano... y... ¡Dios no quiso que la tocára!... ¡La prueba de la verdad de mi narracion es, que os hablo, y que estoy vivo todavia!

THEOBALDO. Tranquilizaos.

DONATIEN. Este recuerdo me ahoga: este recuerdo... (¡Y otro mas terrible todavia!) Brindemos, pues, á la memoria de vuestro padre, que fué un cumplido caballero.

THEOBALDO. ¡Y yo á la antigua amistad que le dispensasteis en la juventud, y que yo reclamo en vuestra vejez para su hijo!

(*Magdalena se disputa en la puerta del fondo con tres aldeanos que se empeñan en entrar.*)

ESCENA V.

Los mismos. Antonio, Pedro, Batignols.

Magdalena ¡Es imposible: el señor Donatien está ocupado!...

Donatien. ¿Qué es eso? Dejadlos entrar, Magdalena. Permitidme... Un médico no se pertenece... no tiene voluntad propia.

Antonio. Dios guarde al señor doctor.

Donatien. ¡Ola! ¿Vos aqui? (*Obligando á Antonio á que se siente.*) Señor vizconde, este es el mas viejo de nuestros obreros, y ha trabajado hasta los setenta y seis años; pero llegó un dia en que le faltaron las fuerzas y quiso dejarse morir de hambre antes que pedir limosna, y entonces le convencí de que la limosna que se ofrece al anciano y al enfermo, honra á la vez al que la recibe y al que la dá. ¿Supongo que durante mi ausencia no habeis carecido de nada?

Antonio. No señor; y he pasado el tiempo en rogar á Dios por vuestra felicidad, y en hacer un par de zuecos para la señora Magdalena. (*Se los dá.*)

Magdalena Muchas gracias... ¡Y son muy sólidos á lo que parece!

Donatien. Magdalena acepta vuestro regalo, pero con una condicion. Os llevareis en cambio unas cuantas botellas de vino añejo.

Antonio. ¡Señor!... ¡Si hubiera muchos hombres como vos!...

Donatien. Los hay, amigo mio, los hay. Un hombre solo, por rico y bueno que sea, no puede atender á todas las necesidades de un pueblo. Cuando el incendio ha devorado vuestras cabañas, cuando la piedra ha destruido vuestros sembrados, cuando la epidemia ha diezmado vuestras familias, ¿por ventura ha cerrado alguno los oidos al grito de la desgracia pública? Ninguno. Yo he recorrido los almenados alcázares de los nobles y asi en ellos como en el mostrador del comerciante, y en el taller del artesano, no he encontrado un corazon sordo á mis súplicas, ni una mano

que no se haya abierto á mis plegarias. El oro del rico y el cobre del artesano caian juntos en mi limosnero. ¡Adios, buen Antonio; dejemos á los malvados que calumnien á la humanidad, y bendigamos á Dios por que al lado de la miseria ha puesto la caridad!

ESCENA VI.

Los mismos *menos* Antonio.

Batignols. Llegó nuestro turno... ¡prudencia!

Donatien. ¡Ola! ¿Tú aqui, buena pieza? ¿Has vuelto de París?...

Batignols. Si señor; fuí á dar un paseo: á ver esa maravilla del mundo, la nueva Babilonia, como dice el señor cura. Pero ya me teneis aqui á vuestra disposicion, con Perico mi primo, que es este mozo que me acompaña.

Theobaldo. Y que no está enfermo, seguramente...

Batignols. ¡Ca!... No señor... disfruta de la mejor salud. Y por eso hemos venido á ver al señor doctor. Mi primo necesita una enfermedad, y es indispensable que el señor Donatien se la proporcione.

Donatien. No te comprendo.

Batignols. Me esplicaré. Mi primo no tiene maldita la aficion á la carrera de las armas, y como la conscripcion le llama, yo le he ofrecido en vuestro nombre una certificacion en que se declare, firmada por vos, se entiende, que no sirve para el caso. De este modo se liberta de ser soldado, y se queda en su casa, y Cristo con todos.

Donatien. Has hecho muy mal.

Batignols. ¿Por ventura?...

Donatien. Oye, Pedro. ¿Sabes que el que no responde al llamamiento de su pais es un mal ciudadano? ¿Quieres que se diga por todas partes que Pedro Lombard ha fingido una enfermedad; que Pedro Lombard es un cobarde?

PEDRO. No, señor Donatien; pero mi madre no tiene mas hijo que yo, y se morirá de hambre si la abandono.

DONATIEN. ¿Y si no se muriera?

PEDRO. Entonces, el diablo cargue con mi primo que me dió tan mal consejo. Seré soldado: no tengo miedo ni á los prusianos ni á los ingleses. ¿Me habeis ofrecido?...

DONATIEN. Si; Dios y las gentes honradas cuidarán de tu madre.

PEDRO. Mañana mismo me marcho. Adios, señor Donatien; gracias por la receta. La que me habeis dado vale mas que lo que yo pedia.

ESCENA VII.

Los MISMOS, *escepto* PEDRO.

BATIGNOLS. ¡Calla!! ¡Y se va sin mí! ¡Servidor, señor Donatien!...

DONATIEN. Espérate.

BATIGNOLS. ¿Qué?

DONATIEN. ¿Y tú tienes algo que pedir? ¿Alguna consulta que hacer?

BATINOLS. ¿Yo, no señor. Me encuentro á las mil maravillas.

DONATIEN. No lo creo.

BATIGNOLS. ¿Qué decis?

DONATIEN. No hay mas que mirarte para conocer que...

BATIGNOLS. ¿Pues qué?... ¿estoy enfermo?

DONATIEN. Sí.

BATIGNOLS. Aquí sin duda... Ya lo dije yo esta mañana... Hoy me va á doler la cabeza... El calor...

DONATIEN. No está la enfermedad en la cabeza.

BATIGNOLS. ¿Pues en dónde?

DONATIEN. Aquí. (*Poniéndole la mano sobre el corazon.*)

BATIGNOLS. ¿En el corazon?

DONATIEN. ¡En la conciencia!

BATIGNOLS. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

DONATIEN. Lo sé todo; y para probarte que lo sé no tengo mas que pronunciar un nombre... ¡Carlota!

BATIGNOLS. ¡Carlota!

DONATIEN. La engañaste villanamente con promesas de matrimonio...

BATIGNOLS. ¿Qué quereis, señor Donatien?... Siempre se hacen tales promesas, pero despues...

DONATIEN. Se deben cumplir, ó queda uno por un miserable y un malvado!

MAGDALENA ¡Qué veo! ¿El tunante de Batignols en esta casa? (*Entrando con un plato, que coloca en la mesa.*)

BATIGNOLS. Y vuestro servidor, señorita Magdalena. ¿Va bien?

MAGDALENA Sí, sí... espera á que yo te responda.

BATIGNOLS. Se me figura que no estoy bien aquí... ¿Puedo marcharme?...

DONATIEN. Cuando quieras: pero no pases por delante de la casa de mi vecina la anciana Simonot. Esta pobre mujer cediendo á mis súplicas, ha recogido en su habitacion á Carlota, humillada, escarnecida por todos los vecinos del pueblo.

BATIGNOLS. ¿Qué decis, señor Donatien?... ¿Con que han ultrajado á Carlota?

DONATIEN. No te quedes por mas tiempo en este pueblo, si no quieres presenciar su desesperacion cuando la separen de su hijo.

BATIGNOLS. ¿Es un niño?

MAGDALENA Sí señor; un niño.

BATIGNOLS. ¿Y se me parece?

MAGDALENA ¡Desgraciadamente!

DONATIEN. Mañana le llevarán al hospicio.

BATIGNOLS. ¿Cómo, al hospicio? ¡Pues no faltaba mas! Tendria que ver todo un heredero de Batignols en el hospicio. No señor, de ningun modo. Seria yo un infame... un mal padre... un desnaturalizado! ¡No me iré del pueblo! ¡Si, me iré... entraré en casa de la señora Simonot; pediré perdon á Carlota, y al niño tambien... Reconoceré á Carlota y me casaré con el chico!... ¡Jesus! ¡Jesus! ¡No sé lo que me digo!... pero sé perfectamente lo que debo hacer y lo que haré... Gracias, señor doctor... Me habeis enseñado el camino de la virtud, y esta es la mejor receta que habeis escrito en vuestra vida.

ESCENA VIII.

DONATIEN. THEOBALDO.

DONATIEN. ¿Qué es eso? ¿No almorzais, amigo mio?

THEOBALDO. He pasado estos minutos en oiros y en admiraros... Sois á un mismo tiempo médico del alma y del cuerpo... Permitidme sin embargo, que me llame la atencion la vida que haceis. ¿Por qué razon habeis sepultado en el retiro de esta aldea la ciencia y la virtud que forman el brillante colorido de vuestro carácter?

DONATIEN. Otros que han valido mas que yo, hicieron lo mismo, y la posteridad y la historia los han recompensado largamente; pero lo que en aquellos fué una prueba de modestia y un testimonio de su amor á la humanidad, es en mi una dolorosa espiacion.

THEOBALDO. ¿Una espiacion?

DONATIEN. Sí, señor vizconde; por muchas virtudes que siembre nunca recojeré el fruto que necesito para hacer olvidar los males que he causado. Pero... no hablemos de esto. Quiero ocuparme esclusivamente de vos; de vos, mi querido huesped, recuerdo vivo de un amigo que ya no existe. ¿Por qué habeis trocado el nombre de Lucenay por el de Lestrelles, cuando el primero se os legó por vuestro padre, ilustre con sus victorias, honrado por sus virtudes?

THEOBALDO. Cuando mi padre,—y de esto hace diez y ocho años,—abandonó la Francia, me dejó encomendado á mi buen tio el vizconde de Lestrelles. A los pocos meses quedé huérfano. Mi tio me amaba con delirio, y me adoptó por hijo, para dejarme, despues de su muerte, sus títulos de nobleza y un considerable patrimonio. Pero hace un mes encontré por casualidad, revolviendo papeles de familia una carta de mi padre, y por ella me enteré de que antes de marchar á los mares de la India se acordó del hijo que dejaba en Francia... Para no volverle á ver mas. ¿Me habeis comprendido?

DONATIEN. Proseguid.

THEOBALDO. Mi padre confió á vuestra amistad, para que me lo entregarais mas tarde, un medallon con su retrato... Hé aquí el único motivo de este viaje, que me proporciona la ocasion de admirar vuestras virtudes y de estrechar vuestra mano. Vengo á pediros el retrato de mi padre.

DONATIEN. Sí, sí... es verdad, vuestro padre me entregó ese medallon la víspera de su viaje... me acuerdo bien... era su retrato... pero le perdí el mismo dia... ¡Aquella noche!... ¡No me pregunteis mas... padezco mucho!

THEOBALDO. Siento haber despertado en vos un doloroso recuerdo... mas poneos en mi lugar, y exigiriais como yo, en nombre de una amistad que empieza, la historia de esa pérdida que no permite reparar la ley que pesa sobre la humanidad.

DONATIEN. Os la referiré, por mucho que me duela traer á la memoria recuerdos de ese tiempo, recuerdos que han tenido, tienen y tendrán el privilegio de desgarrarme el alma. El dia treinta de mayo de mil setecientos setenta se celebró en París con fuegos artificiales y otras fiestas el matrimonio del señor Delfin, hoy Luis XVI, rey de Francia. El pueblo acudia en tumulto á presenciarlos, y mas de una vez obligó á salir de sus carruages á los grandes señores que los ocupaban, esceso que ocasionaba disputas y pendencias con los lacayos, y acaso malos tratamientas para los amos, como le sucedió al señor almirante Rolando de Lavienville, á quien yo salvé de ser atropellado por el pueblo.

TEEOBALDO. ¿El señor almirante Rolando de Lavienville?... Proseguid.

DONATIEN. Comí con vuestro padre aquel dia: nos acompañaron á la mesa algunos oficiales de marina. A pesar de mi resistencia me hicieron beber; ¡bebí!... Bebi: á los pocos minutos se habia borrado de mi cabeza y hasta de mi corazon el recuerdo de mi madre. Los brindis, la algazara, el choque de los vasos, si no trastornaron mi razon, encendieron mi sangre. De pronto un estrépito horrible puso fin á nuestra fiesta. ¡30 de mayo de 1770! La poblacion de París, que im-

prudentemente se agolpó sobre los andamios para presenciar los fuegos artificiales, huia despavorida en todas direcciones. Uno de aquellos se habia desplomado. ¡Catástrofe espantosa! Mujeres, niños, ancianos, mozos... Unos con las piernas rotas, otros con la cabeza ensangrentada; los mas sin conocimiento, moribundos... Los alaridos de las víctimas llegaron hasta mí. Me lanzo á la calle, penetro con dificultad en la confusion, llego al lugar de la catástrofe, vuelvo á salvar por segunda vez al señor almirante, acudo á todas partes; sobre un monton de cadáveres veo á una mujer... ¡hermosa como un ángel! La tomo en mis brazos, la vuelvo á la vida, y en esa noche... ¡Perdí el retrato de vuestro padre, y clavé en mi corazon un remordimiento eterno!... No me pregunteis mas... os lo suplico. ¡30 de mayo de 1770!

THEOBALDO. Me habeis hablado por dos veces del señor almirante conde de Lavienville... ¿Le conoceis?

DONATIEN. Y su castillo dista quinientos pasos de esta casa.

THEOBALDO. Lo sé.

DONATIEN. El señor de Lavienville ha dejado el servicio por buscar en la frescura y pureza de estos aires el alivio de su salud algo quebrantada. Antes de perder á su esposa viajó por Italia, en donde nació la última de sus hijas.

THEOBALDO. Sí, María.

DONATIEN. ¿La conoceis?

THEOBALDO. La vi en Florencia, y he vuelto á verla este invierno en Versalles acompañada siempre de su hermana la duquesa Marta de Montbreusse. Señor Donatien, habeis sido el amigo de mi padre y bien puedo confiaros sin temor los secretos de mi alma. Yo quiero á María con todo el ardor de la juventud, con el fanatismo de un primer amor, y la predileccion que me manifiesta, me daria la seguridad de ver realizadas mis esperanzas, si su hermana, si la duquesa de Montbreusse no destruyera todos mis sueños de felicidad.

DONATIEN. Esplicaos.

THEOBALDO. No puedo daros mas detalles sobre un hecho que no comprendo. La duquesa de Montbreusse esperimenta

con relacion á mi persona una de esas antipatías invencibles, un sentimiento de repulsion que no logra encubrir por mas que lo intenta, los brillantes matices de su educacion esmerada. Así que, cuando me habeis referido vuestras relaciones con el señor de Lavienville, colré esperanzas, y espero tener en vos un apoyo, un protector...

DONATIEN. Mis relaciones con el almirante se limitan á lo que sabeis; le ví por primera vez en mi vida el dia 30 de mayo de 1770.

THEOBALDO. Perdonadme, amigo mio: tengo la desgracia de que cada una de mis palabras renueve en vos dolorosamente lo pasado.

DONATIEN. El almirante y sus dos hijas llegaron á su castillo pocos dias antes de mi partida, y me honraron á las pocas horas con su visita. Yo los recibí en mi modesta habitacion con tanto mayor interés, cuanto que sé que el primero padece de vez en cuando abcesos de enagenacion mental. Las dos hermanas me han parecido de un carácter noble y generoso. Hay sobre todo en la mirada de la duquesa de Montbreusse una espresion tan dolorosa que conmueve. Estoy seguro, mi querido Theobaldo, de que la duquesa ha padecido mucho, y padece todavia de una de esas penas profundas que no matan de pronto, pero que acaban lentamente con la vida. En vuestra inesperiencia del mundo habeis tomado por antipática frialdad lo que no es sino tristeza invencible. De cualquier modo que sea contad conmigo en todo y para todo. (*Se dan las manos.*)

(*Tempestad á lo lejos. Apárece Magdalena sirviendo de guia á un anciano muy debilitado ya por la edad y por los padecimientos.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS. MAGDALENA. EL CONDE DE LAVIENVILLE.

MAGDALENA Entrad, señor conde, entrad. Cuando llueve y truena se está como quien dice entre el fuego y el agua, y

aunque la tempestad está lejos, bueno es sin embargo, precaverse con tiempo.

CONDE. Gracias, buena mujer. Os he seguido sin saber lo que me hacia. ¿En dónde estoy?

THEOBALDO. ¿Es el conde de Lavienville?

DONATIEN. El mismo. Y por cierto que me asusta la alteracion que noto en su semblante.

CONDE. ¿Y decis que no es la primera vez que vengo á esta casa?

MAGDALENA Y os lo repito.,. Como que es la del doctor Donatien.

CONDE. ¡Donatien!... No recuerdo... ¡Donatien!...

DONATIEN. Que se cree muy honrado con recibiros en ella.

CONDE. Os doy las gracias por vuestra hospitalidad, caballero: la acepto... Pero decidme... ¿es verdad que ya en otra ocasion?...

DONATIEN. Así es: hará tres semanas poco mas ó menos.

CONDE. ¡Tres semanas!... ¡Oh! ¡la memoria!... ¡la memoria!

DONATIEN. Vinisteis acompañado de la señora duquesa de Montbreusse y de su hermana Maria.

CONDE. ¡Marta! ¡Maria! He salido esta mañana sin decirles á dónde iba... Me he perdido en el bosque, y eso que le conozco palmo á palmo desde mi niñez... pero hoy dia... ¡Todo se me olvida! Permitidme, señores... Mis hijas estarán con cuidado... quiero volverme al castillo.

THEOBALDO. Si el señor almirante me dá su licencia, yo mismo iré á Lavienville... haré que traigan un coche.

CONDE. ¿Sois vos, señor de Lestrelles?

THEOBALDO. Veo con satisfaccion que el señor conde no se ha olvidado de sus buenos amigos...

CONDE. ¿Olvidarme? Nada de eso. Os conocí en Florencia y os he visto muchas veces en Versalles. Maria, la mas pequeña de mis hijas, me habla á cada instante de vos.

THEOBALDO. ¿De mí?

CONDE. No lo estrañeis; parece que bailais á la perfeccion, y Maria es feliz cuando baila.

DONATIEN. Puesto que el señor conde acepta vuestro ofrecimiento...

CONDE. Sí, sí; tranquilizad á mis hijas... y sobre todo á María.

ESCENA X.

DONATIEN. EL CONDE DE LAVIENVILLE.

CONDE. ¡Qué memoria tan estravagante me ha dejado el cielo! He reconocido sin dificultad al vizconde de Lestrelles, al que no habia hablado desde Florencia... y á vos, á quien he venido á visitar hace tres semanas...

DONATIEN. Señor conde, los recuerdos antiguos á veces quedan profundamente grabados. ¿Acaso no habeis olvidado que me visiteis en París, cerca de la calle Real...

CONDE. ¡Esperad!... Sí, sí... ¡ya me acuerdo!... ¡El dia 30 de mayo de 1770! ¡Cuánto daria por olvidar esa fecha! ¡No puedo! ¡no puedo! ¡Siempre aquí!... ¡y aquí!... ¡En la memoria y en el corazon! ¡En este dia me salvó la vida un hombre generoso... y recuerdo muy bien que el pueblo que me atropellaba aplaudió en seguida á mi libertador!... ¡El pueblo!...

DONATIEN. ¡Olvidemos sus estravíos! Si el pueblo no tuviera la cabeza tan ligera, no tendria el corazon tan bueno.

CONDE. ¡Mucho pasé aquel dia! Mucho he sufrido desde entonces. Tenia una esposa, modelo de todas las virtudes, ¡y ya ha muerto! Un hijo que era mi orgullo, la esperanza de mi família, y me he visto obligado á arrojarle de mi casa por insolente y disipado... Una hija... ¡mi pobre Marta!... ¡Esa... no es una mujer, doctor; lleva sin murmurar la corona del matrimonio! ¡Creedme! hubiera llegado á dudar de la justicia divina, á no haber nacido un ángel de consuelo, de felicidad!... ¡María!...

DONATIEN. ¿La última de vuestras hijas?

CONDE. Sí... La última... Para ella sola quiero vivir.. para ella sola quiero vivir... por ella me espanta la idea de perder por completo la razon... Si esto llegara á suceder... ¡Oh! ¡Jorge sería capáz de todo!

DONATIEN. ¿Vuestro hijo?

CONDE. No me recordeis que lo es...

DONATIEN. ¡Qué exaltacion!

CONDE. Pero Jorge no podrá, aunque lo intente, arruinar á la pobre María. He tomado mis precauciones. ¿Conoceis, doctor, al notario de este pueblo? ¿Le teneis por hombre honrado?

DONATIEN. Goza de muy buena opinion.

CONDE. Con todo... es un anciano, y la vejez ha sido siempre débil y medrosa... Jorje le amenazará, le intimidará y conseguirá al cabo saberlo todo. Basta ya con el dinero que le he dado á guardar. Iba ahora á su casa. No, no daré un paso mas. ¿Estamos solos, doctor?

DONATIEN. Sí, señor conde.

CONDE. Oid. En esta cartera hay diez mil libras. ¡Son para ella! para ella... como todo lo que puedo recoger sin que lo noten! Me guardaré muy bien de entregar esta cantidad á otro que á vos... ¡Guardádmela, señor doctor!

DONATIEN. ¿Yo?

CONDE. Sí, vos; Jorge no sospechará que sois uno de mis depositarios. Pronto... vamos... Tomad el dinero... y á mi muerte... se lo entregareis á María. ¡A ella sola!

DONATIEN. Señor conde, no es suficiente motivo...

CONDE. ¡Tomad, tomad! No tengo confianza sino en vos. Las gentes que me rodean están á merced de Jorge... Me espian, me siguen á donde quiera que voy... ¡Tomad! ¡Tomad!

DONATIEN. Os obedezco.

CONDE. ¡Muy bien! ¡Guardadlo pronto!

DONATIEN. Señor conde, ¿por qué no descansais un rato... hasta que llegue vuestro coche? El calor del dia y el paseo habrán debilitado vuestras fuerzas.

CONDE. ¡Gracias, amigo mio!

DONATIEN. ¡Magdalena, Magdalena!

MAGDALENA ¿Qué mandais?

DONATIEN. ¿Está dispuesta mi habitacion? El señor conde de Lavienville necesita descansar... Tened cuidado de que reine el mas profundo silencio. ¿Vamos, señor conde?

CONDE. Vamos.

ESCENA XI.

MAGDALENA. *Despues* BATIGNOLS.

MAGDALENA ¡Pobre viejecito!... ¡Dá lástima verle!

BATIGNOLS. ¡Señorita Magdalena! ¡Señorita Magdalena!

MAGDALENA ¡Ah! ¿eres tú?

BATIGNOLS. El mismo, que vengo de ver á Carlota y al chiquitin, ¡tan bonito! ¡tan gracioso!... ¡y con un talento!... ¡Mi retrato! ¡Es grande la investidura de padre de familia!... Venia á convidaros para la ceremonia... es decir... para las dos ceremonias... Primero el bautizo... despues la boda... ¡No, no! ¡Sí, eso es! Voy á disponer que toquen las campanas para que todo el pueblo se entere. Los parientes, los amigos... Los ociosos... ¡Hasta luego, abuelita!—¡Calla! ¡calla!

MAGDALENA ¿Por qué te detienes?

BATIGNOLS. No veis á lo lejos... allá... una señorita y un caballero, tan elegante? ¡Cómo corren!

MAGDALENA ¡Si, es verdad! La señorita María, con el forastero de esta mañana.

BATIGNOLS. Adios, abuelita; hasta luego.

MAGDALENA Hélos aquí.

ESCENA XII.

MARÍA. THEOBALDO *y* MAGDALENA.

MARÍA. ¡Pronto! ¡pronto! Vizconde... ¡Al fin hemos llegado!

MAGDALENA Servidora vuestra, señorita María.

MARÍA. Buenos dias, Magdalena. ¿Y mi padre?

MAGDALENA Está descansando.

MARÍA. ¡Buen susto me ha dado! ¡Salir solo! atravesar ese bosque á su edad, y en el estado en que se encuentra. Marta no sabe nada. No he querido decírselo. Inquieta ya por su larga ausencia le andaba buscando por esos campos de Dios, cuando me encontré con él

señor vizconde de Lestrelles, que me ha tranquilizado completamente. ¿Dónde está? ¡Tengo tantos daseos de darle un abrazo!

MAGDALENA En la habitacion del doctor. Llegó muy fatigado, y ahora está durmiendo

MARIA. Pues no le disperteis. Pasad recado al señor Donatien, y decidle que Maria de Lavienville le espera en este sitio.

MAGDALENA Voy al momento. (*Momento de silencio.*)

ESCENA XIII.

MARÍA. THEOBALDO.

MARIA. Estaba tan conmovida, tan asustada, que no recuerde si os he dado las gracias.

THEOBALDO. Soy yo, María, quien debo bendecir á la casualidad, á la Providencia mas bien. En el castillo me hubiera recibido la duquesa de Montbreusse, y...

MARÍA. Y bien, señor vizconde... Cualquiera puede tenerse por muy feliz con que le reciba mi hermana... aunque esté sola.

THEOBALDO. No diré lo contrario. La duquesa de Montbreusse es muy hermosa; cuantos la tratan la quieren, y lo que vale mucho mas, la estiman; pero en cuanto á mí, me ha recibido siempre de una manera tan fria!... ¡Responde á mis palabras con tal sequedad! ¡Hasta en su mirada tan apacible para los otros, he sorprendido el aborrecimiento que me profesa!

MARÍA. ¡Aborrecimiento!... ¡Qué mal la conoceis!... ¡Mi hermana es un ángel de dulzura y de caridad! ¡Es tan buena, tan cariñosa! Yo no he conocido á mi pobre madre, pero dudo que me hubiera querido con la ternura de Marta. Ella ha cuidado de mi niñez, y me ha prodigado en la infancia las atenciones mas delicadas. Al mas pequeño quebranto en mi salud, Marta no se separa de mi lecho ni de dia ni de noche. Hace tres años padecí una enfermedad que puso en peligro mi

vida. Pues bien, Marta no se separó de mí ni un minuto; y yo la vi muchas veces bañar con sus lágrimas estas manos que abrasaba la calentura, y arrodillarse y orar con el fervor de una santa. Y cuando el médico la dijo que yo estaba fuera de peligro, ¡si la hubierais visto! ¡Lloraba como una loca, y me llamaba á gritos, su hija: su querida hija! ¡Oh! ¡no la conoceis! Todo su orgullo lo cifra en mi hermosura, segun ella dice. Toda su coquetería en componerme y engalanarme, y en los saraos me envia siempre los mejores bailarines. Ya veis, señor vizconde, que seria muy ingrata si no la defendiera.

THEOBALDO. ¡Ojalá fuera como vos decis!... porque entonces...

MARÍA. ¿Entonces qué?

THEOBALDO. Me atreveria á entrar en los salones del castillo de Lavienville... á hablar á vuestro padre...

MARÍA. ¿Y qué mas?

THEOBALDO. Me atreveria á deciros, que no soy indigno de poseer el tesoro que allí se encierra .. me atrevería á deciros... que os amo.

MARÍA. A mi me parece, señor vizconde, que os atreveis á todo eso.

THEOBALDO. Perdonadme, soy un insensato y me retiro.

MARÍA. Si os he de decir la verdad, se me figura que empezais por donde debierais acabar. Lo primero es ir al castillo... lo segundo hablar con el señor contra-almirante... Hasta entonces, vizconde, no tengo de que perdonaros, porque no me habeis dicho nada. Yo no sé nada, absolutamente nada; y no veo motivo ninguno para que os vayais.

THEOBALDO. ¡Maria!

(*Se oyen las campanas. Batignols aparece seguido de varias gentes del pueblo.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. BATIGNOLS. PUEBLO.

BATIGNOLS. Gracias, amigos mios, gracias: recibo con la mayor

satisfaccion vuestra enhorabuena. Bien, bien. Gritad: «¡Viva Batignols!» ¡Eso suena siempre bien! ¡Viva yo! ¡viva Carlota! ¡viva el chico! y sobre todo, ¡viva el doctor!

MARÍA. ¡Silencio! ¡no metais bulla!

BATIGNOLS. ¿Por qué?

MARÍA. Mi padre está descansando.

BATIGNOLS. Descuidad. Voy á gritar en voz baja, porque no puedo pasar por otro punto. Si no grito me ahogo. ¡Viva el doctor! El es la causa de mi matrimonio y de mi chico.

PUEBLO. ¿Qué? ¿qué?

BATIGNOLS. ¡Claro está! Como que sin él mi chico no existiria; porque en lugar de ser un Batignols auténtico hubiera ido á confundirse entre tantos que vejetan en el hospicio. ¡Y hay mas! (*Con misterio.*)

PUEBLO. Vamos, cuenta.

BATIGNOLS. Carlota ha recibido, sin saber cómo ni por dónde, una canasta muy grande con un vestido para ella, cien escudos para el chico, y una envoltura para mi. Ya veis... que solo el doctor puede haber tenido semejante idea.

MARÍA. Os habeis equivocado, señor Batignols; no ha sido el doctor Donatien, sino mi hermana Marta.

BATIGNOLS. ¿La señora duquesa de Montbreusse?

MARÍA. La misma, que socorre siempre á los desgraciados sin pretension de que se publiquen sus buenas acciones.

BATIGNOLS. ¡Ah!—¡Escelente pensamiento! ¡Es de rigor! La señora duquesa debe presenciar la ceremonia... Las dos ceremonias... ¡Héla aquí!

ESCENA XV.

LOS MISMOS. MARTA.

MARTA. ¡Cuánta gente!

MARÍA. ¡Marta!

MARTA. ¡María! ¡Imprudente! ¡Haberte marchado sola!

MARTA. ¿Sola? No tal... Me acompañaba Francisco. Es cierto que se estravió en el camino, y que le perdí de vista... pero tambien lo es que estuve á punto de caer en un precipicio, cuando el brazo poderoso de un protector me sostuvo...

MARTA. ¿Y á quién debemos?...

MARÍA. A una persona que tú conoces mucho, y que estimamos todos... Al señor vizconde de Lestrelles.

MARTA. ¡Siempre el vizconde!

MARÍA. Acercaos...

MARTA. ¡El! ¡en todas partes él!

THEOBALDO. ¡Señora duquesa!...

MARTA. Caballero... mi eterno reconocimiento... ¿Ha sido la casualidad?...

THEOBALDO. No, señora duquesa. Me hallaba en esta casa hablando con el doctor Donatien, que fué el mejor amigo de mi padre...

MARTA. ¡Su padre! ¡Oh! ¡se le parece!

MARÍA. ¿Supongo que el doctor os dará tiempo de visitar á vuestros amigos? El castillo de Lavienville no está muy lejos de esta aldea de Bonieres.

MARTA. María, ¿te has olvidado ahora de que solo el conde de Lavienville puede hablar en esos términos?

MARÍA. ¡Marta!

THEOBALDO. (¡No hay que dudar! La duquesa de Montbreusse me aborrece... ¿pero por qué?)

MARÍA. ¿Qué tienes, hermana mia? Estás inquieta, preocupada. Mi hermano Jorge no está lejos de aquí.

MARTA. ¿Qué dices?

MARÍA. Le he visto: se paseaba alrededor del castillo... y nosotras creiamos que se habria embarcado ya.

MARTA. ¿Aquí? ¡Es imposible!

MARÍA. ¡Estoy segura de ello!

MARTA. Quiera Dios que te equivoques La presencia de Jorge seria un nuevo y terrible golpe para mi padre. La presencia de Jorge en nuestra casa ha sido siempre el anuncio de una desgracia. (*Suenan campanas.*)

BATIGNOLS. ¡Llegó la hora!

ESCENA XVI.

Los mismos. Donatien Magdalena.

Marta. ¿Qué significa esa algazara? ¿Por qué tocan á fiesta
Batignols. Aqui entro yo.
Donatien. La duquesa de Montbreusse en mi casa... ¡Señorita!...
Marta. He venido á daros las gracias por los cuidados y la hospitalidad que habeis ofrecido á mi padre. He tomado uno de mis carruajes para evitar al señor conde...
Donatien. El señor conde está descansando, y la agitacion febril que le ha producido la tempestad exige que por ahora no se le turbe su reposo.
Marta. Como gusteis: la menor observacion de un médico, es una órden sagrada para mí.
Batignols. ¿Qué os parece la idea?
Magdalena Muy buena... Escelente.
Batignols. Señora duquesa. Yo soy Batignols... el autor de Batignols el chiquito, del hijo de Carlota; y como la madre está en la cama, y el angelito no puede hablar, he venido á daros las gracias en nombre de los dos. Esas campanas que estais oyendo anuncian un bautizo; para que se verifique esta ceremonia se necesita comunmente un niño, un padrino y una madrina. El niño está en la iglesia, pero me faltan aun la madrina y el padrino. Suplicoos, pues, mi señora la duquesa, que me permitais.
Marta. Hablad.
Batignols. Que ruegue á la señorita María... Dicen que cuanto mas hermosas son las madrinas mas afortunados son los ahijados. En vuestras manos está la felicidad futura de mi hijo.
Marta. Por mi parte no tengo inconveniente.
María. Y yo consiento en ello.
Marta. ¿Y quién será el padrino? (*Mirando á Theobaldo.*)
Batignols. Ninguno con mas derecho que el señor Donatien...

DONATIEN. No, amigo mio (*despues de penetrar la mirada de María*): una madrina tan graciosa reclama un padrino jóven y elegante, y si la señorita María no se opone, el señor vizconde de Lestrelles ocupará mi puesto.

MARÍA. Si admite el cambio el señor Batignols.

BATIGNOLS. ¿Yo? con entusiasmo...

THEOBALDO. Gracias, mi querido amigo. (*Dándole la mano.*)

BATIGNOLS. El señor cura nos está esperando. ¡En marcha!

DONATIEN. ¿Aceptará mi brazo la señora duquesa de Montbreusse?...

(*En el momento de emprender la marcha aparece en la puerta del fondo Jorge de Lavienville.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. JORGE DE LAVIENVILLE.

MARTA. ¡Jorge!

MARÍA. ¡Mi hermano!

TODOS. ¡Su hermano!

MARÍA. No me habia equivocado. (*A Marta.*)

JORGE. ¿No es esta la casa del doctor Donatien?

DONATIEN. Esta es.

JORGE. Perdonadme, caballero, si he penetrado en ella sin vuestra licencia; pero tenia precision de hablar á mi hermana Marta; y habiendo sabido que se hallaba aquí... Que no se interrumpa por mí la ceremonia... Me basta con que la señora duquesa de Montbreusse permanezca á mi lado.

MARÍA. Me quedaré contigo.

MARTA. No, vete. El señor doctor te acompañará.

MARÍA. No me dices nada. (*A Jorge.*)

JORGE. Mas tarde.

MARÍA. ¿A qué habrá venido?

DONATIEN. Marchemos, amigos mios.

ESCENA XVIII.

JORGE. MARTA.

MARTA. ¡Jorge! ¡Jorge! ¿A qué has venido?

JORGE. Te lo voy á decir en pocas palabras. He gastado la parte que me correspondia de la fortuna de mi madre. Igual suerte ha corrido la que con el tiempo he de heredar. Los acreedores me persiguen; unos amenazan mi libertad: alguno de ellos, el mas implacable, tiene en sus manos mi honor. Para salir de esta situacion no tengo mas que dos caminos: la espatriacion ó el suicidio.

MARTA. ¡El suicidio! ¡Jamás!

JORGE. Eso mismo me he dicho yo en París, y la memoria se ha encargado de facilitarme recursos para salir triunfante del laberinto en que me encuentro. Reflexionando sobre lo pasado, para sujetar con mas facilidad el porvenir á mis caprichos, recordé que nuestra madre guardaba sus alhajas en un cajon de doble fondo.

MARTA. ¿Y bien?

JORGE. Escúchame. Con la esperanza incierta en verdad, de encontrar en aquel secreto alguna joya de gran valor, me entré en su habitacion, hice mil pedazos el mueble susodicho, y encontré en él...

MARTA. ¿Que?

JORGE. Una prueba irrecusable, escrita de su letra y firmada de su puño, de que la condesa de Lavienville no tuvo mas que dos hijos: una declaracion en forma de que María no es hermana nuestra.

MARTA. ¡Es imposible! ¡Es imposible!

JORGE. Lee, Marta, lee esta carta de la condesa de Lavienville, dirigida al señor Palmieri, cirujano en Nápoles.

MARTA. ¡Palmieri! ¡Dios mío! ¡Dios mio! «De dia en dia se debilita mi salud; los médicos me dicen que aun está muy lejano el término de mi vida; pero ya conozco

que no es verdad, y no quiero que me sorprenda la muerte sin haber pagado todas mis deudas.»

JORGE. La fecha de la carta es del año de 1776... del último de su vida!

MARTA. «Vos, señor doctor, me habeis ayudado á ocultar un grande infortunio, una falta que Dios no castigará tal vez, pero que los hombres no hubieran perdonado. Gracias á vuestra generosidad, fruto inocente de un crímen, María tendrá un nombre y un patrimonio considerable. Gracias á vuestro silencio, ni su madre se verá escarnecida, ni el noble esposo de su madre tendrá que sonrojarse. Tales servicios no se pagan con dinero; ya lo sé; pero os suplico que no reuseis la memoria que os lega mi profunda gratitud.»

JORGE. «Firmado: María Teresa de Lavienville.» A esta carta acompaña una cartera que contiene quince mil libras. Se conoce que mi buena madre, la señora condesa de Lavienville, habia escrito este precioso billete algunas horas antes del repentino ataque que la privó de la palabra y de la razon antes de quitarle la vida. Como puedes figurarte, este descubrimiento ha disipado completamente las nubes del horizonte de mi existencia. La parte que corresponde á María en la herencia de los condes de Lavienville subirá á un millon de francos; y como esta carta prueba la falsedad de su parentesco, claro es que la mitad de esa cantidad me toca á mí por legítimo derecho. ¿Quieres mas esplicaciones? Hé aquí la razon en virtud de la cual he dejado para mas tarde la espatriacion ó el suicidio.

MARTA. ¿Y tú, qué piensas hacer, Jorge?

JORGE. Mi deber. Desengañar á un anciano. Hacer que arrojen de esta casa á esa criatura que ha usurpado nuestro nombre, y que nos robará despues una parte de nuestro patrimonio.

MARTA. ¡Arrojar á María de nuestra casa! ¡No, no, Jorje! No lo harás. No echarás en olvido hasta ese punto el nombre de nuestra madre.

JORGE. La condesa de Lavienville fué una esposa culpable, y una madre, por lo menos, imprudente.

MARTA. ¡Jorge! ¡Silencio!... ¡Estás blasfemando! A costa de mi

fortuna, de mi propia vida, borraría los renglones de ese escrito; pero ya que lo has leido, no he de consentir en que manches ni con el pensamiento su memoria veneranda; no te permitiré que digas de la que era santa y pura como los ángeles, que fué una esposa culpable, que fué una madre por lo menos imprudente.

JORGE. ¡Esta carta prueba que María debe la existencia á un crímen!

MARTA. ¡Es verdad!

JORGE. Esta carta prueba que María no es hermana nuestra.

MARTA. ¡Es verdad!

JORGE. Pues bien: yo haré que la echen ignominiosamente de mi casa.

MARTA. ¡Oh, Jorge! No lo harás. ¡Será preciso que me mates primero!

JORGE. ¿Por qué la defiendes tanto!

MARTA. ¡Como eres hombre tienes precision de preguntarlo! ¡Si alguna madre estuviese aquí, ya hubiera conocido que María es hija mia!

JORGE. ¡Tu hija!!...

MARTA. ¡La mujer escarnecida soy yo! El esposo cuya frente se hubiera sonrojado, es el duque de Montbreuse! ¡Y á pesar de esto, á Dios pongo por testigo de la pureza de mi conducta, de que no he sentido nunca en mi corazon sino un amor noble y legítimo! ¡La fatalidad, la fatalidad me ha deshonrado! ¡Escúchame, Jorge, y despues de haberme oido, si no te compadeces de mí, tendrás al menos compasion de mi hija!— ¿No haces memoria, hermano mio, de mi palidez y de mi agitacion cuando se hablaba en mi presencia de la catástrofe del 30 de mayo de 1770? Pues bien, á tí como á los demás se ha dicho siempre que mi padre me encontró confundida, moribunda, entre las víctimas de aquel terrible estrago, y á tí como á todos los demás se os ha mentido! ¡Y yo que no consentiré nunca en la mas pequeña sospecha que pueda empañar el brillo de la buena opinion de la condesa de Lavienville, yo voy á rasgar el velo que ha ocultado por tanto tiempo la verdad y encubierto el sello de ig-

nomínia que marca mi frente! Arrancada de entre los escombros por un brazo desconocido, y trasportada sin sentido á una habitacion cercana, la tortura de una lucha impía y sacrílega me volvió á la vida. El miserable que rechazaba mis manos débiles y temblorosas, espantado de mis gritos, y acosado tal vez por sus remordimientos, me abandonó sin pronunciar una palabra, sin que la oscuridad me permitiese reconocer su semblante. Vinieron por fin algunas gentes en mi socorro... Mi padre herido, ensangrentado, y loco de desesperacion, imaginándose haber perdido á su hija, mi pobre padre bendecia al cielo porque me estrechaba entre sus brazos. ¡Oh! ¡mayor ventura hubiera sido encontrarse con un cadáver que no con una hija deshonrada!

JORGE. ¡El nombre del infame!

MARTA. No le sé.

JORGE. ¿Ni un indicio, ni una prenda!

MARTA. Sí, un medallon, un retrato que encontré á mis pies, y que el miserable perdió en su fuga precipitada. Vuelta á mi habitacion, y comprendiendo toda la estension de mi desgracia, mi primer pensamiento fué morir, y hundir en mi sepulcro tan funesto secreto; pero gozosa de presentarme en el tribunal de Dios ennoblecida con las lágrimas de mis padres, y purificada con sus oraciones, y mas tranquila con su perdon, me entré una noche en su gabinete. Los dos me recibieron con la sonrisa en los lábios!... ¡Abracé sus rodillas... empecé á hablar!... no me dejaron concluir! ¡Me levantaron, y me recibieron en sus brazos sin maldecirme! ¡Los dos lloraban, y lloraban sobre mí como si quisieran hacer de sus lágrimas y de su amor un escudo que me defendiese! «¡Execracion eterna al criminal,—gritó mi padre—A tí, pobre víctima, cariño y campasion! ¡Cristiana, y madre, no tienes derecho de darte la muerte!» Ocultaremos á todos tu desgracia. A pocos dias recibimos una carta del duque de Montbreusse, diciéndonos que el buen servicio del rey le obligaba á permanecer dos años mas lejos de su pais. Mi padre entonces dispuso nues-

tro viaje á Italia, y fijó nuestra residencia en Nápoles. Allí nació María. El señor Palmieri fué el generoso cómplice de los condes de Lavienville. A los dos años volvimos á Francia; y el anciano conde de Lavienville, mintiendo acaso por la primera vez de su vida, anunció al duque de Montbreusse y á los primeros personages de la córte, que el cielo bendiciendo su vejez, le habia dado una segunda hija.—Esta es la historia, Jorje: ya lo sabes todo. Mi suerte está en tus manos. Si quieres, puedes infamar mi nombre, que es el tuyo, envenenar los últimos dias de un anciano. Habla: ¿qué deseas? Mis brillantes, mi patrimonio, el presente y el porvenir pagarán el secreto que has sorprendido.

JORGE. En este momento, Marta, te olvidas de que de nada puedes disponer sin el consentimiento de tu marido. Reflexionaré... me callaré hasta que vuelva á verte.

CONDE. (*Dentro.*) ¿Con que mis hijas están aquí!

JORGE. ¡Mi padre!

MARTA. ¡Márchate, Jorge!

JORGE. ¡Pobre viejo! ¡Acabará en loco! Tranquilízate: ya me voy...

MARTA. ¡Me has prometido guardar el mas profundo secreto!...

JORGE. Si: hasta mañana en el castillo de Lavienville. ¡Allí sabrás el precio que pongo á mi silencio!—¡Adios!

(Jorge desaparece por el fondo izquierdo. Por la derecha del fondo entran Maria, Theobaldo, Donatien, Batignols, Magdalena y el cortejo, criados, campesinos, etc. El conde de Lavienville sale de la habitacion de Donatien.

ESCENA XIX.

MARTA. EL CONDE. MARÍA. DONATIEN. THEOBALDO. BATIGNOLS. MAGDALENA. ACOMPAÑAMIENTO.

CONDE. ¡Hijas mias! ¡Qué felicidad! (*Abrazándolas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el castillo de Lavienville : puerta en el fondo que deja ver el parque.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, Maria, Marta. *El Conde á la izquierda del público sentado delante de una mesa, escribe y calcula. Maria al otro lado de la mesa ocupada en hacer una gorrita. Marta á la derecha del público, bordando.*

Conde. Faltan seiscientas libras... No hay remedio... la suma estará mal hecha... Veamos... ¡Otra vez!

Marta. ¡Ocho dias se han pasado y no ha venido!... ¡Jorge! ¡Jorge!... ¡Sus últimas palabras envolvian una amenaza!

María. ¡Muy bien! ya he concluido... ¡Mi ahijadito Theobaldo estará hecho un ángel con esta gorrita! ¡Theobaldo!... ¡Qué bonito nombre!...

Conde. ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Ya no se ni sumar!...

ESCENA II.

Los mismos. Francisco, *con una carta que María recibe.*

Francisco. Una carta para la señora duquesa.

Marta. ¡De Jorge, tal vez! (*Involuntariamente*).

CONDE. ¿Jorge? ¿Te ha escrito? ¡Luego sabe que estamos aquí! ¡Miserable! No quiero que venga á casa, ¿entiendes? ¡No quiero!

MARTA. Calmaos, padre mio.

MARÍA. La carta no es de Jorge... (*Dándosela.*) Trae el timbre de Versalles... Mirad... Es letra de mi cuñado el Duque de Montbreusse.

MARTA. ¿De mi marido?

CONDE. ¡Efectivamente! Me he alborotado sin motivo... Toma, hija mia... dásela á tu hermana.

FRANCISCO. El cartero me ha dicho que pregunte al señor conde si tiene algun encargo que hacerle...

MARÍA. Sí; que entregue de mi parte esta caja de carton á Carlota... Es una gorrita para mi ahijado, de quien no tengo noticias á pesar de que vive en Bonnieres alguno que debiera interesarse en dármelas con frecuencia.

MARTA. ¡Siempre pensando en él!

FRANCISCO. No tardará la señorita en saber... Se me figura que he visto en las cercanias del castillo...

MARÍA. ¿A quién?

FRANCISCO. Al padrino.

MARÍA. ¡Ah!

CONDE. ¿De veras?

MARTA. ¡El! ¿Otra vez aquí?

FRANCISCO. No estoy muy seguro, pero me ha parecido.

MARTA. Como Francisco es corto de vista, será fácil...

MARÍA. Hay cosas que no se dicen si no cuando se está seguro de ellas. Toma, (*la caja*) y al mismo tiempo cerciórate si...

FRANCISCO. Entiendo, entiendo. (*Váse.*)

CONDE. Y bien, Marta, ¿qué dice mi yerno el señor duque de Montbreusse?

MARTA. Que muy pronto le daremos un abrazo. Oid. «Mi querida Marta: cediendo á tus deseos, he reusado la embajada que se me habia ofrecido. Los cuidados que la salud de nuestro padre exije, no te hubieran permitido acompañarme. Así, pues, dentro de poco abandonaré la córte. No volveremos á separarnos. Una desgracia sin embargo, mi querida Marta, me aflige en estos momentos. El Parlamento de París, á escitacion de

los sobrinos del marqués de Bonneval, ha pronunciado su sentencia, declarando á tan cumplido caballero, el mas antigüo y el mejor amigo de mi familia, incapaz de administrar su patrimonio.

CONDE. Al marqués de Bonneval... mi compañero de armas... ¡Declarado incapaz!... ¡Que horrible desgracia!... Es verdad, que su cabeza... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Si me sucediese á mi lo mismo!...

MARTA. Querido padre... desechad ese pensamiento...

CONDE. ¿Vosotras no lo permitirais? ¿No es verdad? Valiera mas que en caso semejante, que me matarais...

MARÍA. Pero, ¿qué significa?...

FRANCISCO. El señor vizconde Theobaldo de Lestrelles, pide licencia al señor conde y á la señora duquesa...

MARTA. ¡Él! ¡Otra vez él!

CONDE. Que pase adelante... El vizconde, es un mozo que me agrada. ¿No te acuerdas, Marta? ¡Le conocimos en Florencia! ¿Hago mal en permitirle?... (*A María.*)

MARÍA. ¡No, padre mio, no! ¡Qué bueno es este Francisco!... ¡Y no es tan corto de vista como parece!

MARTA. ¡Pobre María! ¿Estaré yo condenada á despedazarla el corazon?

ESCENA III.

EL CONDE, THEOBALDO, MARÍA, MARTA.

CONDE. Muy bien venido, señor vizconde. Os doy las gracias por la visita con que nos honrais en nuestro retiro...

THEOBALDO Señor conde, la benévola acojida que me dispensais... Temia ser importuno, indiscreto...

CONDE. ¿Indiscreto?... ¡Pues no sois ya de la familia!... Gracias al hijo del señor Batignol, hay entre María y vos cierto lazo de parentesco...

MARÍA. Si, señor vizconde, y lazo que nos impone deberes muy sagrados.

MARTA. María, estamos abusando del tiempo del señor vizconde... Aun no ha dicho el objeto de su visita.

THEOBALDO ¡Se trata de una obra de caridad!... Señora duquesa, nuestro amigo el doctor Donatien, de acuerdo con el venerable cura de la parroquia, ha organizado una asociacion de socorros en favor de los pobres niños de Evreux, que ha dejado huérfanos la reciente epidemia. Me han encargado de recojer las limosnas de los grandes señores que tienen sus parques y sus castillos en estas cercanias, y hé creido conveniente honrar con la iniciativa esta obra de caridad, al señor conde de Lavienville contra-almirante de Francia.

CONDE. Ha sido una idea escelente.

MARÍA. Os damos las gracias, por habernos escojido para la primera ofrenda.

MARTA. Hé aquí, señor vizconde, la mia y la de mi hermana. (*Dándole algunas monedas de oro.*)

MARÍA. No, no, mi querida Marta, cada una debe dar de lo suyo... En cuanto á mí... yo no tengo dinero, pero felizmente, mi cajero está aquí. (*Por el conde.*) Y supongo no me negará un préstamo, aunque sea sobre mi dote.

CONDE. Lo que quieras, hija mia; pero si continúas así, arruinarás con el tiempo á tu marido.

MARÍA. ¿Y eso que importa?

THEOBALDO Dice bien.

MARÍA. ¿Lo aprobais, vos? Me alegro mucho.

FRANCISCO. El señor Rémond, el notario, espera en el gabinete al señor conde.

CONDE. Bien : le estaba aguardando. Ven conmigo, María, tú misma fijarás la suma que se ha de dar á los pobres, y como has indicado antes, ajustaremos cuentas el dia de tu matrimonio... No tardaré, señor vizconde.

MARIA. No os impacienteis, vuelvo al momento. (*A Theobaldo.*)

(*María se vá dando el brazo al conde. Francisco los sigue.*)

MARTA. ¡Qué feliz es, solo con verle! Antes de matar para siempre esa alegria tan pura, procuraré convencerme de que esa funesta semejanza...

ESCENA IV.

MARTA, THEOBALDO.

THEOBALDO ¡Qué mirada tan penetrante y tan fria! Se hiela toda mi sangre.

MARTA. Será muy larga la permanencia del señor vizconde de Lestrelles, en la aldea de Bonnieres?

THEOBALDO Sí, señora duquesa, y si el cielo favorece mis designios, me fijaré en ella para siempre.

MARTA. Es singular el capricho, porque, ni el pais es muy agradable, ni habeis nacido en esta provincia.

THEOBALDO No señora.

MARTA. ¿Vuestra familia, ha vivido en Paris?

THEOBALDO Nunca.

MARTA. ¿Nunca?

THEOBALDO Hé nacido en el fondo de la Bretaña; allí me he criado, y alli ha muerto mi madre.

MARTA. ¿Y vuestro padre?... ¿Sigue viviendo en la Bretaña?

THEOBALDO Há muchos años que murió. Soy huérfano, como esos pobres para quienes pido una limosna. Y como la limosna, además de un valor positivo y terrestre, se engalana con un sentimiento de benevolencia muy sagrado, yo dejo el oro para los pobres, y me tomo para mí la caridad.

MARTA. ¿Me habeis dicho, señor vizconde, que vuestro padre no ha residido nunca en París?

THEOBALDO Nunca, señora, al menos que yo sepa... Capitan de la marina real, se vió precisado á dejar á mi pobre madre poco tiempo despues de mi nacimiento.

MARTA. ¿Y se casaron por inclinacion?

THEOBALDO Sí, señora duquesa, os puedo asegurar, aunque no haya presenciado el espectáculo de union tan venturosa... Las cartas de mi padre que he leido veinte veces, convencen á quien las lea de su ternura inalterable, esclusiva. «¡Ojalá que nuestro hijo cuando entre en la turbulenta edad de las pasiones, dé su corazon como yo le he dado, á una mujer digna de poseerlo!... ¡Ojalá, como su padre, respete siempre la fé jurada!...»

Esto decia en la última carta que recibió mi madre. En esa época surcaba los mares de la India, muriendo despues en Yondichey gloriosamente.

MARTA. ¡Qué semejanza tan perfecta!

THEOBALDO ¿Señora duquesa, estas preguntas se encaminan á un fin particular?

MARTA. A ninguno, señor vizconde... y me felicito de haberos visto pagar un tributo de respeto á la memoria de vuestro padre... Habeis hablado de un modo tal de sus virtudes, que me obligais á reconocer la nobleza de vuestros sentimientos.

THEOBALDO ¿Será posible, señora duquesa?

MARTA. Vizconde, si hoy debemos á los huérfanos vuestra visita, desde mañana...

THEOBALDO Todos los dias, si me lo permitis...

MARTA. Os habeis anticipado á mis deseos... (*Dándole la mano, que besa cariñosamente Theobaldo.*)

ESCENA V.

THEOBALDO, MARTA, MARÍA.

MARIA. Aquí está mi ofrenda. (*Le dá unas monedas de oro.*) Tomadla. El señor conde os ruega que le perdoneis... ¡El notario... y los negocios no le dejarán libre en algunas horas!... Felizmente, hermana mia, felizmente...

MARTA. ¿Por qué?

MARIA. Jorge está aquí... Quiere hablarte á solas...

MARTA. ¿Jorge en el castillo? Maria, es necesario que alejes de este sitio al vizconde de Lestrelles.

MARIA. Descuida.

THEOBALDO Habeis correspondido con esceso á mis esperanzas: las bendiciones de los huérfanos serán vuestra mejor recompensa.

MARIA. Pero no por darme elogios que no merezco, descuideis sus intereses en otras partes...

MARTA. ¿Nos volveremos á ver?

MARIA. Mañana lo mas tarde. Supongo que desde aquí os ireis al castillo de Franville. Para evitaros la molestia de atravesar el parque, yo misma os enseñaré un camino mas corto. Venid conmigo.

THEOBALDO Estoy á vuestras órdenes.

MARTA. Ten cuidado de que mi padre no nos soprenda... y no vuelvas hasta que se haya marchado Jorge, ¿me entiendes? ¡Hasta que se haya marchado!

MARIA. Bien.—¿A qué vendrán tantos misterios? No... pues yo lo he de saber... Vamos.

THEOBALDO Señora duquesa...

MARTA. Adios, vizconde.

MARIA. ¡Qué escelente carácter! ¡Le despiden y se va tan contento!

ESCENA VI.

MARTA, JORGE.

MARTA. ¡Jorge! ¡Al fin sabré el precio de su silencio!...

JORGE. ¿Estás sola?

MARTA. Sí, sola. ¿A qué has venido? ¡Imprudente! ¿Por qué no me has escrito indicándome un sitio oportuno, solitario? ¿Dudabas por ventura?

JORGE. No tal. Eres demasiado buena hermana, y sobre todo muy buena madre, para haber faltado á tus compromisos...

MARTA. Es inútil que me recuerdes mi situacion, la conozco muy bien. No la he olvidado. No la olvidaré jamás. Habla: ¿qué exiges de mí?

JORGE. Unicamente dos renglones de tu mano, y tu firma.

MARTA. ¿Mi firma?

JORGE. A este precio respetaré siempre tu secreto.

MARTA. ¿Pero no me dirás antes?

JORGE. Si quieres que me calle, Marta, es preciso que escribas lo que voy á dictarte, y mas necesario aun que lo firmes.

MARTA. ¡Me das miedo, Jorge! ¿Quieres nuevas armas contra mí?

JORGE. Tranquilízate: lo que te pido no tiene nada que ver con el nacimiento de María.

MARTA. Pero respóndeme á una sola pregunta. Lo que voy á escribir ¿puede ser causa de que peligre la vida de mi padre?

JORGE. No.

MARTA. ¿La tranquilidad y el honor de mi marido?

JORGE. No.

MARTA. ¿La felicidad y el porvenir de mi hija?

JORGE. No.

MARTA. Entonces... si se trata de mí sola, adelante. Puedes dictar.

JORGE. «Uno mi pretension á la de mi hermano Jorge...» (*Dictando.*)

MARTA. ¡Ah! ¡Ya comprendo! Ese terrible acreedor de que me has hablado...

JORGE. Sí, si; acreedor terrible, inexorable, que no me deja un dia ni una hora de tranquilidad...

MARTA. Continúa...

JORGE. «Le doy todos mis poderes, y declaro por este escrito que aceptaré como hecho por mí, cuanto por él hiciera en mi nombre.» Firma.

MARTA. Ya está. (*Dándole el escrito.*)

JORGE. Muy bien. (*Tira de la campanilla.*)

MARTA. ¿Qué haces? (*Aparece un criado.*)

JORGE. ¡Silencio! Entrega este papel á la persona que me está esperando en el pabellon del parque.

MARTA. ¿Quién ha venido contigo!

JORGE. Un pariente de tu marido. El caballero Laverdier, juez consejero del parlamento.

MARTA. ¿Un magistrado aquí? ¿A qué viene?

JORGE. Es muy sencillo: su presencia es indispensable; hermana mia.

MARTA. Y para qué le entregas ese poder?

JORGE. Porque sin él no puede obrar.

MARTA. ¿Obrar como juez?... Yo habia creido que acosado por tus acreedores acudias á mí para que mi firma respondiese de la tuya. ¿Me habré engañado, Jorge?

JORGE. Completamente.

MARTA. ¿Qué me has hecho firmar entonces?

JORGE. Acabamos de firmar los dos, hermana mia, la inhabilitacion de nuestro padre.

MARTA. ¡Ah!

JORGE. Ya no hay remedio, Marta. No te alborotes: necesito una fortuna inmensa para satisfacer la codicia de quien tiene en sus manos, mas que mi vida, mi honor.

MARTA. Porque soñaste en la insensatez de tus estravíos con la inhabilitacion del conde de Lavienville, ¿te has figurado por ventura que yo seré tu cómplice? No, no, la firma que me has arrancado fraudulentamente á nada me compromete. Olvida si quieres, el mas santo de los deberes; consuma la ruina de su patrimonio, acaba con la vida de ese anciano... En cuanto á mi jamás olvidaré que soy su hija.

JORGE. ¡Olvidarás entonces que eres madre, que tu secreto se halla en mi poder!

MARTA. ¡Jorge! conocia los errores de tu juventud y los perdonaba; sospechaba tus vicios y te compadecia; pero desde este momento no tienes derecho ni á la indulgencia ni á la piedad, porque tocas en cobarde, y te pasas de cruel.

JORGE. ¡No, Marta, no! ¡Soy muy desgraciado!

MARTA. ¡Y porque lo eres preparas á sangre fria la desesperacion de tu padre, y me amenazas en mi ternura de madre y en mi honor de esposa... á mí, que soy tu hermana?

JORGE. Te lo repito, Marta: es preciso que la ley pronuncie la inhabilitacion de mi padre: necesito disponer libremente de todos mis bienes para cancelar esa deuda, que es mi suplicio, mi desesperacion; esa deuda cuya cifra y cuyo pago están á voluntad de quien la reclama. Hay en Peris una mujer jóven, rica y hermosa, que pasa su vida en la embriaguez de la ostentacion y de los placeres... Pues bien, Marta, yo la idolatro, y ella me ama. Pero ha sido preciso que yo eclipse á mis rivales por la magnificencia oriental de mis trenes, por la insensata profusion de mis gastos. En esta lucha devoradora he sepultado la herencia de mi madre y agotado la paciencia y la ge-

nerosidad paternales. Antes de recurrir á un crímen para conservar mi posicion conquistada, me lancé en el abismo cenagoso del juego, y ya en ese abismo cometí una bajeza, porque quise sujetar la incertidume de la suerte á mi voluntad.

MARTA. ¡Tú!... ¡Un caballero!...

JORGE. Pero como me faltaba esperiencia, me dejé sorprender estúpidamente... y desde ese momonto me he vendido en cuerpo y alma á la persona que quise engañar. Yo le ofrecí mi vida en cambio de su silencio, y él me pidió por toda recompensa la confesion de mi villanía escrita y firmada por mí. Generoso me parepareció entonces su proceder... y...

MARTA. ¿Y firmaste?

JORGE. Todo lo que quiso.

MARTA. El nombre... el nombre de...

JORGE. El varon de Saverny puede cambiar cuando quiera en el mas humillante desprecio el amor de esa mujer á quien idolatro. El varon de Saverny, gastador y vicioso, necesita de mucho dinero para satisfacer sus instintos de escándalo y de disipacion; el varon de Saverny ha fijado por fin una cantidad; vá á venir á reclamarla y es indispensable que á toda costa me encuentre yo en posicion de una fortuna inmensa, cuando el llegue.

MARTA. ¡Jorge!

JORGE. No prolongueis inútilmente esta entrevista. Estamos de acuerdo, porque debemos estarlo. El juez me espera en el pabellon. He escrito, y vendrá al instante, el señor Donatien, médico de estas cercanias. La menor estravagancia del conde de Lavienville, será una prueba del trastorno de su juicio, y el Parlamento declarará en seguida sin gran dificultad su inhabilitacion.

MARTA. ¡Jamás! ¡Jamás!

JORGE. Hermana mia, si no se lleva á cabo lo que he resuelto, me veré deshonrado, pero publicaré tu secreto. Piensa en el duque de Montbreusse, tu marido!... ¡Piensa en tu hija!... ¡Adios!

ESCENA VII.

MARTA, MARÍA.

MARTA. ¡Piensa en el duque de Montbreusse!... ¡Piensa en María!... ¡Pero Dios me grita: ¡piensa en tu padre!

MARÍA. Soy yo... ya ves que he sido obediente... (*Procurando ocultar su agitacion.*) No he vuelto hasta que Jorge se ha marchado...

MARTA. Has hecho bien, María.

MARÍA. Tendrias que hablarle de cosas tan importantes, que yo no debia...

MARTA. Calla... se me figura...

MARÍA. ¿A quién esperas?

MARTA. Al doctor Donatien.

MARÍA. ¿Al señor Donatien? Ya comprendo... te alarma, sin duda el mal estado de nuestro padre, y quieres consultarle sobre...

MARTA. Sí... eso es... ¡Cuánto tarda en venir!...

MARÍA. Dime, Marta, ¿que quiere decir inhabilitacion?

MARTA. ¿Por qué me lo preguntas?

MARÍA. Me ha chocado esa palabra, cuya significacion no comprendo, desde que la he visto esta mañana en la carta de tu marido, refiriéndose al marqués de Bonneval...

MARTA. La inhabilitacion, María, es una especie de salvaguardia, es un escudo de proteccion que la justicia interpone en favor de los bienes de una familia, cuando el gefe de ella que los posee y administra, se declara en estado de demencia. Se consulta entonces á un médico, los magistrados se apoyan en la declaracion de este, y luego...

MARÍA. ¿Y luego?

MARTA. La ley pronuncia, y el desgraciado deja de pertenecer á la sociedad. Le arrebatan su fortuna, hacen pedazos sus derechos, desprecian su voluntad. Tenido por un ente peligroso, condenado como un culpable, se le priva de su libertad y se le separa de su familia, sujetándole muchas veces á la condicion del esclavo; sien-

do la consecuencia de todo esto, ó que la razon del infeliz se trastorne por completo, ó que le mate la desesperacion. ¡La inhabilitacion, María, es un crímen contra la humanidad, es un sacrilegio!

MARÍA. ¿Y habrá hijos que se atrevan á pedir la inhabilitacion de su padre?

MARTA. ¡Oh! ¡Es una infamia!

MARÍA. ¡Una infamia, sí! ¡Y sin embargo, Marta, tú vas á cometer esa infamia!...

MARTA. ¡Oh! ¡Cállate! ¡Cállate!

MARÍA. ¡Lo sé todo!

MARTA. ¡No, pobre niña! ¡No lo sabes todo!...

MARÍA. Sí, sé que vendrá muy pronto un magistrado, y que hará preguntas á mi padre; sé que habrá aquí un médico para declarar que está loco si su memoria se confunde, ó su razon se trastorna; sé que si se resiste ó se alborota, calificarán su cólera de delirio, y su indignacion de un acceso de locura...: y sé que le arrancareis del seno de su familia para arrojarle en una de esas casas de locos en que las privaciones mortifican, ó la desesperacion mata... Pero que vengan el médico y el magistrado, yo me encontraré al lado del conde para ayudar á su memoria, para esclarecer su razon, y para gritar con él: ¡Vergüenza, desprecio y execracion á los hijos ingratos!

ESCENA VIII.

MARTA.

¡Qué hermosa eres, hija mia! ¡Generosa criatura! Dios y tu madre te bendicen por tan piadosa indignacion, por tu noble arrogancia. No importa que me hayas arrojado en la cara la injuria y el desprecio! Yo lo sufriré todo para asegurar tu reposo, para que conserves puras tus ilusiones. ¡Sigue tu santa inspiracion! Sé el ángel custodio de esa venerable víctima, y lucharemos las dos burlando las esperanzas de Jorge, tú con tu justicia y tu inocencia, y yo proporcionándote armas para confundirnos, y asegurarte la victoria.

ESCENA IX.

MARTA, DONATIEN.

DONATIEN. Perdonad, señora...

MARTA. ¡Bendito sea Dios!...

DONATIEN. ¿Para qué es necesaria mi presencia en el castillo de Lavienville? ¿Sois vos la que me habeis escrito esta carta?

MARTA. No: ha sido mi hermano Jorge.

DONATIEN. ¡Jorge!... ¡Ah! sí... el hijo de quien vuestro padre ... ¿Y bien, qué se quiere de mí?

MARTA. No se os ha llamado para que cuideis de un enfermo, sino para que estendais un testimonio en la presencia de un juez...

DONATIEN. ¿Pues qué ha sucedido?

MARTA. Nada hasta ahora; pero muy pronto se va á cometer en esta sala un crímen horroroso!...

DONATIEN. ¡Un crímen!

MARTA. Vos podeis evitarlo; mi sola esperanza sois vos...

DONATIEN. Tranquilizaos, señora; es tal vuestra agitacion... que toda mi razon no me basta para comprenderos...

MARTA. ¡Oh! no lo adivinareis. Es cosa tan indigna, tan infame, que en vuestra honradez os avergonzareis de sospecharla. Dentro de pocos minutos, señor Donatien, voy á solicitar la inhabilitacion de mi padre...

DONATIEN. ¿Vos, señora?

MARTA. Sí, de mi padre á quien falta algunas veces la memoria, pero que responde siempre con dignidad y con honradez, cuando se le dirigen preguntas á su conciencia ó á su corazon.

DONATIEN. Basta con lo que decis, señora, para que la ciencia dude y la ley se calle... Repetid esas palabras en presencia del magistrado, y yo os aseguro que no se pronunciará la inhabilitacion del conde de Lavienville.

MARTA. Pero tened entendido, que será tal mi situacion en esos momentos, señor Donatien, que si para engañar la ciencia y burlarse de la justicia, es preciso recurrir

á la astucia ó á la mentira, yo debo ser cómplice de esta infamia, al menos, con mi silencio.

DONATIEN. Nadie en el mundo tiene el derecho de imponer semejantes condiciones.

MARTA. Mi hermano tiene ese derecho sobre mi. No me pregusteis por qué: estoy condenada á guardar el mas absoluto silencio sobre este punto. Solo os diré que no he aceptado este yugo que me agovia por cobardia ó por un terror personal. Si no fueran otros la víctima de mis resistencia, entraría en la lucha puesta mi esperanza en Dios. Pero, os lo repito, ante la infamia que se prepara, mi papel es el de consentir en todo, mi obligacion la de callarme.

DONATIEN. Nadie mejor que vos puede señalar los límites de vuestra confianza. No quiero saber mas que lo que podais decir; pero á pesar de vuestra reserva, he conocido ya que existe un pacto entre vuestro hermano y vos, pacto impuesto por la violencia y aceptado por la desgracia...

MARTA. ¡Sí, por la desgracia!...

DONATIEN. El uno se ha figurado encontrar en el médico de la aldea un hombre fácil de reducir, la otra me pide que liberte á su conciencia del peso de un crímen que no quiere cometer... Doy gracias á esta última, por haberme escojido de auxiliar, y yo le probaré que no se llama en vano á la honradez de mi corazon.

MARTA. ¡Ah! ¡No me habia engañado! ¡Sereis la providencia del conde de Lavienville! Pero si como debemos temer, os vieseis obligado á reconocer la evidencia ¿consentiriais en decir?...

DONATIEN. ¿Lo que no fuese la verdad? Señora duquesa, para mi la verdad es la luz mas hermosa y mas brillante que se conoce, pero la sacrificaré siempre á la mentira, cuando la mentira pueda evitar una mala accion.

MARTA. ¡Mi hermano!

DONATIEN. ¡Tranquilizaos!

ESCENA X.

MARTA, DONATIEN, JORGE, LEVERDIER.

JORGE. Entrad, señor magistrado. Marta, el caballero Leverdier, juez consejero del parlamento. Avisad al señor conde de Lavienville.

LEVERDIER. Siento, señora duquesa, que una circunstancia tan dolorosa...

JORGE. ¿Has informado al señor doctor del motivo que hoy nos reune?

DONATIEN. Algunas palabras, muy pocas, de la señora duquesa me han puesto al corriente de lo que se trata. Creeis, vos, caballero, que se haya estraviado la razon del conde de Lavienville al punto de que sea necesario encerrarle en una casa de locos.

JORGE. Permitidme, señor doctor: no se trata mas que de oponer un obstáculo invencible á esas especulaciones ruinosas del señor conde: no pretendemos sino que se le prive del derecho de adquirir y de vender. En cuanto á la libertad de mi padre, yo seré el primero en respetarla.

DONATIEN. Tened en cuenta, caballero, que si llamais sobre su cabeza la accion de la justicia, nadie tiene derecho de atajarla en su camino. El hombre de que se apodera es suyo, su honor, su libertad, su vida... todo le pertenece... La ley no debe ser un mueble que se traspase, ni una mercancía que se compre ó que se venda.

FRANCISCO. El señor conde de Lavienville.

MARTA. ¡Jorge! ¡Jorge!

JORGE. ¡Marta!... Si faltas á tu promesa, referiré tu historia delante de este magistrado, que es pariente de tu marido... ¡Y á tu marido mismo, que no tardará en llegar!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS. EL CONDE, MARÍA. *El Conde entra apoyado en el brazo de María.*

MARÍA. Cuidado con olvidar lo prometido...

CONDE. Descuida... Señor Donatien... Señor consejero Leverdier... ya era tiempo de que me honrarais con una visita... desde la noche en que se verificó el matrimonio de mi hija Marta...

LEVERDIER. ¿Cómo? ¿Os acordais?

MARÍA. Bien, padre mio...

CONDE. Tomad asiento. Yo ya supongo que vuestra presencia en el castillo, no es hija de la casualidad. ¿A quién debo este honor?

JORJE. A mí, señor conde...

CONDE. ¿Quién ha respondido á mi pregunta?

MARTA. ¡Dios mio!

MARÍA. ¡No os impacienteis!...

CONDE. ¿Qué me quereis, caballero? ¿Qué haceis aquí?

JORGE. ¡Padre mio!

CONDE. ¡Callad, Jorge el pervertido!... ¡Jorge, el ingrato!.. ¡Os prohibo que me llameis vuestro padre!...

JORGE. Señor conde, vuestra edad, vuestra posicion, vuestra desgracia, me imponen el deber de contenerme en los límites del respeto, pero os ruego que no traspaseis los de la severidad.

CONDE. Gracias por la compasion de que haceis alarde. Señor magistrado, tened la bondad de esplicarme el objeto de vuestra venida.

LEVERDIER. Se trata, señor almirante, de poner un término á la inquietud de vuestra familia, en lo que concierne á sus intereses pecuniarios.

CONDE. ¿De veras? ¿Con qué ese caballero, me pide cuentas? ¿A mí? ¿El?... ¡La pretension es curiosa!... ¿Jorge de Lavienville, acreedor mio?... Es cierto; tiene razon. Yo le debo todos los sinsabores de mi vida... le debo el solo borron que mancha mi nombre... le debo la desesperacion y la muerte de su madre...

MARÍA. ¡Padre mio!

JORGE. Esas acusaciones que no quiero calificar, señor magistrado, son un indicio vehementísimo del estravío de su razon.

MARÍA. ¡Cumplid vuestra promesa! ¡Dominaos un poco!

CONDE. Sí... Se pretende que esté tranquilo, cuando ese miserable, burlándose de mis órdenes, se pone en mi presencia...¿A qué viene? ¿A pedirme mas dinero? No lo tengo, señores, no lo tengo...

LEVERDIER. Estais en vuestro derecho no dándoselo, si os lo pide; pero en cuanto á que no teneis, permitidme que os diga que hace muy pocos dias habeis vendido la hacienda de Sassenaye...

CONDE. Os han engañado... yo no he vendido nada...

JORGE. He aquí una copia de la escritura; y el precio en que se ha vendido, es una prueba de lo ruinoso de vuestras especulaciones.

CONDE. Y aunque así fuese... ¿no puedo yo disponer de mi fortuna como mas me agrade? ¿No soy yo el único amo de mi casa?

LEVERDIER. Pero... ¿Y si importase á la justicia, saber la colocacion de esta suma?

CONDE. ¡Su colocacion! ¡Su colocacion!

JORGE. No podeis decirlo... ¡Cómo que no os acordais de nada!...

DONATIEN. Señor conde de Lavienville, relevadme de mi juramento, y así diré al señor magistrado que me habeis hecho depositario de diez mil libras... Hélas aquí. (*Colocándolo en billetes, encima de la mesa.*

MARIA. ¡Ah!

JORGE. ¡Pero esa cantidad, es insignificante!... ¿Qué se ha hecho el resto? ¿En dónde está?

MARÍA. Decidlo, padre mio; recorred vuestra memoria...

CONDE. Sí... sí... porque si no dirian que estaba loco... ¡Loco!. ¡Cómo el marqués de Bonneval!... ¡Ah! Ya lo comprendo todo! ¡Ya sé lo que pretendes, miserable!...

JORGE. Yo no soy aquí sino el órgano de la voluntad de mi hermana.

CONDE. ¿De Marta? ¡No es posible!... ¡Mientes!

DONATIEN. Señor conde de Lavienville, la situacion en que nos

encontramos todos, es demasiado violenta para que se prolongue por mas tiempo. Decidnos únicamente el destino que habeis dado á esa cantidad, y vendrá por tierra la pretension de vuestros hijos.

CONDE. ¡Ah! ¿Quieren saber?... (*Abre su cartera convulsivo, febril.*) ¡Esperad!... ¡Ah! Habeis sacado una copia de la escritura de venta!... Pues bien, Jorge, añade á ella ese recibo de una gran parte de tus deudas. Para salvar tu honor he vendido lo que podia vender. ¡Me hubiera vendido á mi mismo! ¡Ah! ¡Estoy loco! ¿Qué he hecho de ese dinero? No me acuerdo... no me acuerdo... Pero Marta y María estan aquí para defenderme. Marta, á quien acusas de ser tu cómplice, sabe que estoy en mi cabal juicio.

MARTA. ¡Padre, mio!

JORGE. Silencio, Marta, silencio...

CONDE. Vamos... habla... habla... Defiéndeme... ¿Y qué? ¿Te callas? ¿Me abandonas? ¿Me haces traicion? ¿Tú, tú, Marta? ¿Dudas de que tengo cabales mis sentidos? ¿Desafias mi memoria?

MARTA. ¡Buen Dios!

CONDE. Pero mi memoria nunca ha sido mas fiel, ni mas segura que en estos terribles momentos! Lo pasado está aquí, delante de mis ojos, sin montañas que lo escondan, sin nubes que lo oscurezcan... ¡Sucesos y fechas!... Todo está aquí... Lo veo... lo toco... ¿No recuerdas, Marta, la noche del 30 de mayo de 1770?...

MARTA. ¿Qué irá á decir?

DONATIEN. ¡La noche del 30 de mayo!

CONDE. ¡Noche horrible, es verdad! La andamiada hecha pedazos... mi hija perdida entre sus escombros... yo herido, cubierto de sangre... La buscaba por todas partes, gritando: «¡Ha muerto! ¡Ha muerto!» Y de pronto pusieron delante de mi otra muger desmayada... Y á pesar de que gritaban tambien: «¡Ha muerto!» ¡No estaba mas que deshonrada!

DONATIEN. ¡Deshonrada!

CONDE. Sí, doctor... ¡Deshonrada! ¡Deshonrada!

DONATIEN. Oh, señor conde... el nombre de esa muger...

CONDE. ¿Me preguntais su nombre? Pues bien, lo sé... lo puedo decir... os lo diré...

MARTA. ¡Delante de ella!... ¡No, padre mio!

DONATIEN. ¡Su nombre, señor conde, su nombre!...

MARÍA. ¡Decidlo, padre mio!

CONDE. ¿Tú tambien, mi pobre María, quieres que lo publique?... ¡No! ¡no! ¡no! Yo no me acuerdo de nada... Todo lo que he dicho ahora es mentira... es un sueño... ¡Estaba delirando!... ¡Oh! No creais en las palabras de un loco... porque Jorge tiene razon... ¡Yo estoy loco!... ¡Yo estoy loco!... (*Cae sin sentido sobre un sofá.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete elegante, mesa de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE LAVIENVILLE, DONATIEN. *El conde, sentado examinando papeles. Donatien de pié.*

DONATIEN. ¡Otra muger!... ¡Estaba deshonrada! ¿De cuál de las dos habrá querido hablar?

CONDE. No estaré contento ni tranquilo hasta haber asegurado la suerte de María; y puesto que está enamorada del vizconde de Lestrelles... Tomad, doctor... Entregad al señor Remond, mi notario, todos estos documentos, que son indispensables para que redacte el contrato de matrimonio... Quiero firmarle hoy mismo... Avisad á Theobaldo, á los testigos... Daos priesa, porque nadie sabe lo que puede suceder... No ha mucho que vos y un magistrado severo, habeis frustrado las esperanzas de Jorge. ¿Pero quién nos asegura de que mañana no se presenten otras personas? Señor doctor, el porvenir de María me inquieta: daos priesa.

DONATIEN. ¿Y saldré de aquí sin haber intentado siquiera?...

CONDE. ¿Y qué, no os vais?

DONATIEN. Perdonad, señor conde; pero antes de dejaros, quisiera deciros...

CONDE. ¿Qué es ello? Alguna dificultad, algun nuevo obstáculo á propósito del matrimonio de María con Theobaldo?

DONATIEN. No, señor conde. Se trata de una investigacion completamente estraña al cuidado que nos ocupa.

CONDE. Hablad, doctor. ¡Me habiais asustado!... ¡Me parecisteis tan... tan conmovido!...

DONATIEN. El temor de despertar en vos el recuerdo de un dia terrible; de un accidente desgraciado.

CONDE. ¿Qué dia? ¿De qué acontecimiento me hablais?

DONATIEN. La noche del 30 de mayo de 1770.

CONDE. ¡Sí... sí... fué una noche de luto, de desesperacion!

DONATIEN. ¡Oh! En esa noche estuvo á punto de perecer un individuo de vuestra familia.

CONDE. ¡Mi hija Marta! ¡Yo la lloraba entonces, y ella me hace traicion ahora!

DONATIEN. Pero... hablasteis tambien de otra víctima...

CONDE. ¡Otra!... ¡Otra!...

DONATIEN. ¡Una pobre muger!...

CONDE. ¡Sí... sí... la muger deshonrada!... ¡La abandonaron despues á la esquina del Boulevard!...

DONATIEN. ¡Eso es!... ¡Adelante, señor conde!... Esa muger... ¿La conoceis vos?

CONDE. ¿Yo? ¿Por qué me lo preguntais?

DONATIEN. Por compasion á un desgraciado; á un miserable que llora todavía su crímen.

CONDE. ¿Con qué el tal vive, y os lo ha confesado todo?

DONATIEN. ¿Es cierto que sabeis el nombre de aquella desventurada?

CONDE. Sí... lo sé.

DONATIEN. Decídmelo.

CONDE. ¡Jamás!

DONATIEN. ¿Por qué, señor conde, por qué?

CONDE. ¡Iriais á contárselo á él... y ese miserable, no lo sabrá nunca! ¡Nunca!

DONATIEN. ¿Puedo al menos, decirle con seguridad de no engañarle, que vive?

CONDE. No... ¡La infelíz ha muerto!

DONATIEN. ¡Ha muerto!

FRANCISCO. Señor conde, esta carta para su escelencia.

CONDE. ¡De Jorje! ¡Y se atreve á escribirme! Está bien. Señor

doctor, no os olvideis de Theobaldo: daos priesa. ¿Qué haces ahi? (*A Francisco.*)

DONATIEN. Adios, señor conde. (*Vase.*)

FRANCISCO. Espero la repuesta...

CONDE. ¡Es inútil... despues! Francisco, es preciso que se ilumine y se engalane el gran salon de baile... al momento... Vete.

FRANCISCO. Hemos empezado ya. La señorita María nos ha anticipado las órdenes, señor conde; y nos ha dicho que coronemos de flores todas las mesas y los espejos, y de macetas los corredores y las escaleras. ¡Estaba tan satisfecha y tan alegre!...

CONDE. ¡Yo lo creo!... ¡Se trata de su matrimonio!...

FRANCISCO. ¡Oh! ¡Entonces todo lo que se haga es poco! ¡Es el ángel bueno de la familia! (*Vase.*)

CONDE. ¡Qué sea feliz! ¡Es todo lo que deseo! ¡Ah! ¡La carta de Jorje! ¡De Jorje! ¡Oh! ¡Miserable!... No es su perdon lo que me pide... ¡es mi firma! ¡y me la exije amenazándome con el escándalo!... ¡No es posible!... ¿Habré leido mal?... Veamos: «Yo, Augusto Rolando, conde de Lavienville, declaro espontáneamente y de mi libre voluntad, que sintiendo un tanto debilitadas mis facultades mentales, no me considero capaz de ejercer los derechos que me asisten y como cabeza de mi familia, y los renuncio voluntariamente en mi hijo Jorje de Lavienville.» ¡Jamás! ¡Jamás!

ESCENA II.

EL CONDE DE LAVIENVILLE. MARTA.

MARTA. ¿Estais solo, padre mio?

CONDE. ¡Eh! ¿Sois vos, Marta? La duquesa de Montbreusse en mi habitacion? ¿En la jaula dorada de un loco?... ¿Qué quereis?

MARTA. Arrojadme á vuestros pies, y esplicaros mi conducta.

CONDE. Una palabra nada mas... ¿Teneis conocimiento de este escrito?

MARTA. Jorje me lo ha leido.

CONDE. ¿Y qué piensa hacer Jorge de Lavienville si yo me niego á poner la firma en él?

MARTA. A pesar del escándalo, está resuelto á llevar el asunto al Parlamento.

CONDE. ¿Al Parlamento? No: semejante borron no manchará el buen nombre de mi familia. ¡Vale mas sacrificarlo todo! (*Toma la pluma para firmar.*)

MARTA. No, padre mio; no firmeis.

CONDE. ¡Marta!

MARTA. Nuestra pretension es un crímen... Negad nuestra pretension... Dejad que pese sobre nosotros el oprobio de tan odiosa tentativa; pero evitadnos la humillacion de que triunfemos en la empresa. Nosotros os amenazamos con el Parlamento... Pues bien, padre mio, acudid al Parlamento primero que nosotros; obligadnos á discutir públicamente la justicia y la conveniencia de vuestra autoridad; la magestad de vuestros derechos... que despues de tan solemne debate, la opinion pública honrará al noble anciano con una brillante reparacion, al paso que nosotros, los hijos avariciosos, los hijos ingratos, recojeremos el desprecio de los hombres y la maldicion de Dios.

CONDE. ¡Marta! ¡Hija mia!...

MARTA. En vez de abrirme vuestros brazos, padre mio, arrojadme de vuestra presencia, porque soy tan indigna de vuestro cariño como mi hermano Jorge. Con él he pasado el dia de ayer; con él me encontrareis mañana en el Parlamento. Todos los sentimientos generosos acusarán á vuestra hija; la condenarán al escarnio y al vilipendio; pero vuestra hija habrá salvado de la miseria y del oprobio á la pobre María.

CONDE. ¡María!

MARTA. Sí, Jorge tiene pruebas irrecusables de que no es hija de los condes de Lavienville; de que es hija de la duquesa de Montbreusse.

CONDE. ¡Oh! ¡miserable!... ¡Si le tuviera entre mis manos!...

MARTA. Ya veis, padre mio, que mi suerte corre unida á la suya, pero tambien sabeis que no soy una hija desnaturalizada; que os amo y que os venero. No debeis estrecharme en vuestros brazos; pero sí me dejareis

que bese vuestras manos y las riegue con mis lágrimas!... y cuando María desprecie, y tal vez maldiga á la hija ingrata; vos, padre mio, en el secreto de vuestro corazon perdonareis á la pobre madre.

CONDE. Levántate, Marta; no perdono... porque no tengo que perdonar. El corazon de una madre, es un santuario que la humanidad respeta y que la Providencia bendice. Yo doblo mi cabeza y ahogo en el fondo de mi alma el resentimiento de mi autoridad ultrajada, y te contemplo embellecida con tu dolor; purificada por esas lágrimas con que has humedecido mis manos, y me uno á tí para consumar en aras de la felicidad de tu hija, el terrible sacrificio que de mí se reclama. (*Tomando la pluma.*)

MARTA. ¡Deteneos, padre mio! Habeis olvidado sin duda el contenido de ese papel.

CONDE. No, Marta; pero me acuerdo de que Jorge lo sabe todo, y de que es forzoso salvar á María. (*Firmando.*)

MARTA. Y si os despojais de vuestra autoridad, ¿quién la protegerá?

CONDE. Su marido. La doy por esposa al vizconde de Lestrelles; hoy mismo se firmarán los contratos.

MARTA. ¡El vizconde de Lestrelles! ¡Quiera Dios que no la salve de la desgracia por medio de un crímen!

ESCENA III.

LOS MISMOS, FRANCISCO. *Despues* JORGE.

FRANCISCO. ¿Ha llamado el señor conde?

CONDE. Sí. ¿Está en casa Jorge?

FRANCISCO. Si señor, en compañía del señor baron de Saverny. El señorito ha dado órden de que se le ensillen dos caballos. Antes de obedecer tuve el pensamiento de consultarlo con el señor conde; pero el tono y la manera de mandar, me convencieron bien pronto de que habia dos amos en esta casa.

CONDE. ¡Ya no hay mas que uno, y ese no soy yo!

FRANCISCO. ¡Amo mio! (*Llorando y besándole las manos.*)

CONDE. ¡Basta, Francisco, basta!

MARTA. Aun es tiempo.

CONDE. Francisco, dí al caballero Jorge de Lavienville, que la duquesa de Montbreusse le espera en este gabinete.

FRANCISCO. Héle aquí, señor conde. (*Aparece Jorge.*)

CONDE. Marta, aquí tienes el acta que mi hijo ha exigido de mí (*sin mirarle*), y que he firmado para evitar un escándalo, que hubiera deshonrado el nombre que puro y sin mancha heredé de mis mayores. Por ella, mas que derechos, le trasmito deberes sagrados que cumplir. Desde este momento es el gefe de la familia: desde este momento tiene que convertirse en protector de vuestra fortuna, y en guardian de nuestro honor.

JORGE. ¡Padre mio!

CONDE. No te olvides de decirle, que aunque me privo de la autoridad, retengo en mi poder una arma que no me pueden arrancar las leyes de la tierra... ¡Mi eterna maldicion! (*Váse.*)

ESCENA IV.

JORGE, MARTA.

MARTA. ¡Ya estarás satisfecho! ¡Tus deseos se han cumplido!

JORGE. No lo creas, Marta; he estado á punto de arrojarme á los piés de mi padre y de implorar mi perdon. Te lo confieso, Marta; me ahogan los remordimientos; pero el destino es mas fuerte que mi voluntad. Yo no puedo obrar de otra manera. He desafiado á Saverny; y éste, despues de reirse, de burlarse de mi provocacion, ha respondido á ella con un acto de generosidad inesperado.

MARTA. ¿Te ha devuelto sin condiciones la prueba escrita de tu falta?

JORGE. No tanto; pero me ha dicho ya el precio en que la ha tasado.

MARTA. Si es así, hermano mio, devuélveme ese papel; ven conmigo; tú mismo se lo entregarás á nuestro padre.

JORGE. ¿Devolverlo? Todavía no. Para quedar en paz con Saverny, es indispensable que yo mande en esta casa; que de nada se disponga en ella sin mi consentimento.

MARTA. ¿Qué es, entonces, lo que quiere?

JORGE. La mano de María.

MARTA. ¿La mano de María? ¿Al baron de Saverny?...

JORGE. Se la he prometido.

MARTA. ¿Tú has prometido la mano de María?... ¡Te has vuelto loco sin duda!...

JORGE. No olvides, Marta, que soy desde este momento el gefe de la familia; que yo solo mando aquí, y... ¡ay de quien se oponga á mi voluntad!...

MARTA. ¡Yo me opongo, Jorge... yo me opongo! ¿Te has figurado, por ventura, que yo sacrificaba la dignidad y el reposo de mi padre, á mi reposo y á mi dignidad? Pues si no hubieras amenazado mas que mi honor y mi vida, me habrias encontrado, Jorge, en esta lucha entre el padre generoso y el hijo pervertido... ¡Por mi hija, por mi hija sola, me he convertido en dócil instrumento de tus maquinaciones infames!... ¡Por María he hecho lo que solo una madre puede hacer... he abandonado, he vendido á mi padre!... y no satisfecho aun, amenazas á esa criatura inocente, y me dices á mí, su madre: «¡ay de quien se oponga á mi voluntad!...» Jorge de Lavienville, antes de arrojar á mi hija en los brazos del baron de Saverny; de un seductor corrompido, de un jugador despreciable, de un espadachin insolente, iré yo misma en busca del duque de Montbreusse, y le referiré la historia de su nacimiento. El duque de Montbreusse es un escelente caballero, y matará á la madre culpable, pero defenderá á la hija desvalida.

JORGE. ¡Reflexiónalo bien!... Adios. (*Váse.*)

ESCENA V.

MARTA, *sola*.

¡Sí, sí; mi razon y mi corazon me inspirarán! Bastante he luchado contra la voluntad de mi padre. ¡Basta ya de humillacion, de esclavitud!... El conde de Lavienville ha prometido su mano á Theobaldo de Lestrelles... María le ama... Se casarán. Tengo mil razones para desear que este enlace se verifique... ¡Y para oponerme á él!... un motivo pueril, quimérico, que no me atrevo á confesarme á mí misma! ¿A qué dar tanta importancia á un sueño, á una sombra, á una semejanza?... (*Abre un cajon del armario pequeño, y saca un medallon*) ¡Cómo se parecen! Las mismas facciones, la misma mirada. ¡Idéntica la fisonomía!... Solamente un hijo puede parecerse tanto á su padre. (*Abre el medallon.*) ¡Un poco de pelo... del mismo color que el suyo!... «Para mi hijo Theobaldo de Lucenay, 1770.—Cárlos de Ludenay.» ¡Así se llamaba el miserable! ¡Oh! ¡es imposible! Theobaldo no será hijo suyo... Theobaldo, si lo fuera, llevaría el nombre de Lucenay y no el de Lestrelles!... Mis presentimientos son infundados! Esta semejanza es efecto de la casualidad... (*Quiere cerrar el medallon, pero una fuerza invencible le domina, y sigue contemplándole.*) ¡Y sin embargo, no puedo apartar los ojos de este retrato!

ESCENA VI.

MARTA. MARIA.

MARÍA. ¡Hermana mia!... ¡Qué pensativa está!... ¿Qué mira con tanto interés? ¡Ah! ¡el retrato de Theobaldo!...

MARTA. ¿Quién está ahí?

MARÍA. Soy yo.

MARTA. ¿Qué has venido á buscar? (*Guardando el retrato*).

MARÍA. ¿Por qué me ocultará el retrato de Theobaldo? ¿Cómo habrá venido á sus manos?

MARTA. Acércate, María... Si tienes algo que decirme, habla con toda libertad. Supongo que no tienes miedo...

MARÍA. ¿Yo?... ¡Miedo!... Sí, tengo miedo de mis pensamientos.

MARTA. Levanta esa cabeza... No claves en el suelo tus miradas...

MARÍA. Me contemplas, Marta, de un modo tan estraño, que no me atrevo á decirte que el dia de hoy es uno de los mas dichosos de mi vida.

MARTA. ¡Ah! María, no me ocultes nunca ni tu felicidad, ni tus lágrimas. ¿Es cierto, María, que no tardará en llegar el vizconde de Lestrelles?

MARÍA. Así parece. ¿Te pesa de ello, hermana mia?

MARTA. ¿A mí? Todo lo contrario... Los instantes son siglos. Quisiera que se hubiese firmado ya el contrato. (Es preciso aprovecharse de la ausencia de Jorge...)

MARÍA. ¡Qué agitacion!... ¿Con qué sabes ya?... ¿Has vuelto á ver á nuestro padre?

MARTA. Sí, y ámale con toda tu ternura. Su bondad es infinita... ¡como la de Dios!...

MARÍA. ¿Es cierto, Marta? ¿Apruebas mi matrimonio?...

MARTA. Sí; es indispensable que el vizconde de Lestrelles sea hoy mismo tu marido...

MARÍA. Hermana mia, ¡me lo dices de un modo!... estás conmovida... temblando...

MARTA. ¡Oh! ¡No puedes figurarte lo que he sufrido; lo que sufro en este momento!...

MARÍA. ¿Tú?

MARTA. ¡Para reanimar mis fuerzas abatidas, déjame leer en tus ojos tu alegría!... He dado por tu felicidad todo lo que una... buena hermana puede dar! ¡Te quiero tanto, María!...

MARÍA. ¡Y yo que sospechaba!... ¡Perdóname, Marta!

MARTA. ¿Y de qué, inocente criatura?

MARÍA. He tenido un mal pensamiento... No me lo preguntes... Me harias muy desgraciada, si me obligases á decírtelo... Perdóname.

MARTA. ¡Con todo mi corazon! (*Se abrazan.*)

ESCENA VII.

MARTA. MARÍA. DONATIEN. EL CONDE DE LAVIENVILLE.

(*El doctor por el fondo; el Conde por la izquierda.*)

DONATIEN. Tengo el honor de anunciar al señor conde de Lavienville y á la señora duquesa de Montbreusse, que el señor vizconde de Lestrelles, los testigos y el notario se encuentran ya reunidos en el salon.

CONDE. Vamos, María. Doctor, dad el brazo á la duquesa.

DONATIEN. Antes, señor conde, de firmar los contratos matrimoniales, debo haceros una declaracion en nombre de mi amigo Theobaldo.

CONDE. ¿Una declaracion? ¿Y cuál?

DONATIEN. Tranquilizaos, señor conde. Lo que tengo que manifestaros, es un nuevo testimonio de su esquisita delicadeza. El señor vizconde de Lestrelles no quiere que pasen las cosas adelante sin que sepais su verdadero nombre.

CONDE. ¿A qué ha venido ese misterio? ¿Por qué lo ha ocultado hasta hoy?

DONATIEN. El nombre que lleva está puro de toda mancha. Nadie mejor que vos lo sabe, señor conde. Su nombre os recordará la época en que os retirasteis del servicio militar.

CONDE. ¡La época en que me retiré del servicio militar!... ¡Ah! sí; ya lo recuerdo. Por culpa mia, involuntaria se entiende, se persiguió con injusticia á un valiente capitan de la marina real, acusándole de desobediente y de cobarde. Pero apenas me convencí de su inocencia, yo fuí el primero en proclamarla, y el conde Augusto-Rolando de Lavienville se castigó á sí propio, renunciando su empleo de contra-almirante.

DONATIEN. Pues bien, señor contra-almirante Augusto-Rolando de Lavienville; el vizconde Theobaldo de Lestrelles, es hijo del bizarro capitan de marina, Cárlos de Lucenay...

CONDE. ¡Cárlos de Lucenay! (*Con alegría.*)

MARTA. ¡Cárlos de Lucenay! (*Con terror.*)

CONDE. ¡Lucenay!... ¡Así se llamaba!... Vamos, doctor... ¡quiero darle un abrazo!... Es el hijo de un hombre que ha dado muchos dias de gloria á su pátria!... Ven, María...

MARÍA. ¡Mirad qué pálida está!... (*Al doctor, por Marta.*)

DONATIEN. ¡Qué agitacion!...

CONDE. ¡Marta!... ¿no vienes con nosotros?... Tu presencia es necesaria para firmar...

MARTA. ¡El contrato de matrimonio de María y de Theobaldo de Lucenay!!... ¡No, no! ¡Vos tampoco ireis, padre mio!... ¡Ese matrimonio es imposible!

TODOS. ¡Imposible!...

CONDE. ¿Te has olvidado, Marta, de que tal es mi voluntad?

MARTA. Si estuviera firmado ya, lo haria pedazos. Os lo repito. ¡Theobaldo de Lucenay no será nunca el esposo de María! Señor doctor, podeis decirle de parte de la duquesa de Montbreusse, que salga al instante del castillo, y que no vuelva jamás á entrar en él.

MARÍA. ¡Arrojarle de un modo tan humillante!... ¡Marta! ¡Marta! ¡Que yo le amo con todo mi corazon!...

MARTA. Es fuerza que renuncies á ese amor!...

MARÍA. ¿Y por qué? ¡Padre mio! ¡padre mio! (*Arrojándose en los brazos del conde.*)

CONDE. ¡Yo lo quiero! ¡Yo lo mando!

MARTA. ¿Vos lo mandais? ¿Quereis arrojar á la hermana en los brazos del hermano? (*En voz baja.*)

CONDE. ¿Qué dices, Marta?

MARTA. Os digo, señor, que Cárlos de Lucenay era un infame: os digo, que se ha vengado de vos como un cobarde; y os digo, señor conde, que él fué el miserable autor del atentado del 30 de mayo de 1770.

CONDE. ¡Silencio!—Señor doctor, este matrimonio es imposible.

MARÍA. ¿Vos tambien, padre mio?

DONATIEN. Todo lo que está sucediendo, señor conde, es muy estraordinario; y si Theobaldo me exigiera alguna esplicacion...

MARTA. No tenemos ninguna que dar al señor vizconde de Lestrelles; y á vos, doctor, os suplicamos que no in-

sistais en conocer los motivos de una determinacion, al parecer estravagante; pero que está fundada en muy altas consideraciones.

MARÍA. (¡Oh! ¡no puede ser otro el motivo!...) ¡Hermana!... ¡Hermana mia!...

MARTA. El señor conde de Lavienville va á escribir al caballero Theobaldo de Lucenay, que renuncie á toda esperanza. ¡Escribídselo así, padre mio! (*Durante estas palabras María abre el armario y se apodera del medallon.*)

DONATIEN. Señor conde, muy grave ha de ser el motivo para que justifique el hecho. En cuanto á mí, no insistiré mas; pero estoy convencido de que el vizconde de Lestrelles no imitará mi conducta. Theobaldo os pedirá una esplicacion en nombre de su honor, en nombre de su amor... y vos no tendreis entonces el derecho de callar...

MARÍA. Tomad, señor Donatien: hé aqui la única razon de esta negativa. (*Dándole el retrato.*)

DONATIEN. ¡Este retrato!...

MARÍA. Sí; este retrato... Muchas veces he sorprendido á mi hermana con él entre sus manos:... hoy mismo.

MARTA. Doctor, entregad esta carta al caballero Theobaldo.

DONATIEN. ¡Era ella!... ¡Era ella! (*Con el retrato en la mano.*)

MARTA. Tomad, doctor.

MARÍA. ¡Marta, hermana mia!... ¡Que esa carta es la desgracia de mi vida!... ¡quizás mi muerte!...

MARTA. ¡Silencio!

MARÍA. ¡Perdónete Dios, hermana mia!... Yo te maldigo. (*Cae desmayada.*)

CONDE. ¡María!... ¡Marta!... ¡Has asesinado á tu hija! (*Con desesperacion.*)

DONATIEN. ¡Su hija!

MARTA. ¡Salvadla, doctor, salvadla!!...

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

UN SALON.

ESCENA PRIMERA.

DONATIEN.—*La mirada fija en la puerta de la habitacion de María.*

¡Allí está!... ¡Tranquila!... ¡Descansando!... La noche ha sido terrible; pero el sueño reparará sus fuerzas. ¡Ojalá! ¡Pobre hija mia, sueñas con la felicidad!... ¡Allí está!... ¡Encantadora niña; tan pura como los ángeles es mi hija! ¡Mi hija! ¡Y esa inocente muger, tan noble y tan desventurada, no es la hermana de María; es su madre! ¡Marta! ¡Marta! Esta revelacion repentina te ha embellecido á mis ojos, porque te ha presentado con la aureola del martirio! ¡Gracias al cielo, ayer he podido triunfar de mi emocion, y suceda ya lo que sucediere, sabré dominarme; nadie sospechará la verdad, y la veré todos los dias! ¡Desde hoy seré tan su amigo, que no podrá menos de amarme! ¡María, mi pobre María!

ESCENA II.

DONATIEN. THEOBALDO.

DONATIEN. ¡Theobaldo! (*Cerrando la puerta de la habitacion de María.*) ¿Vos aquí?

THEOBALDO Loado sea Dios!... ¡Vos, amigo mio, tendreis compasion de mis tormentos, de mi incertidumbre! ¡María, habladme de María!...

DONATIEN. Mi serenidad debe tranquilizaros. No hay peligro ninguno.

THEOBALDO ¡Os creo; tengo necesidad de creeros!...

DONATIEN. ¡Pobre Theobaldo!

THEOBALDO Despues de ese comportamiento para conmigo, inaudito, increible, que no justifica ningun antecedente de mi vida, y que el señor conde de Lavienville no se ha dignado esplicarme, yo he tenido por conveniente seguir las inspiraciones de mi corazon, y no he abandonado este castillo. Queria hablaros, amigo mio... ¡He velado toda la noche, para conseguirlo con la luz del nuevo dia! Mi inquietud, mi incertidumbre han triunfado de mi prudencia. He penetrado en esta habitacion para saber en fin, cuál es mi suerte; para morir, si María ha muerto... para abandonar la Francia, si vive!

DONATIEN. ¿Abandonar la Francia?

THEOBALDO Sí, doctor; me han echado de esta casa como á un lacayo; como á un miserable.

DONATIEN. No, Theobaldo; no perdais del todo las esperanzas. Es preciso que os quedeis aquí.

THEOBALDO ¿Para qué? ¿Para verla en brazos de otro?

DONATIEN. ¿De otro?

THEOBALDO Sí, del baron de Saverny, á quien encontré ayer noche en el castillo de Franville. El baron dijo en alta voz, que el caballero Jorge de Lavienville le habia prometido formalmente la mano de María. Estas palabras me indignaron; su fatuidad me exasperó, y le arrojé á la cara públicamente un mentís. El baron,

aunque pervertido de costumbres, tiene en sus venas sangre francesa, y recogió mi provocacion. Me impuso condiciones: las acepté todas: una de ellas la de batirnos en las inmediaciones de este castillo. «Quiero,—me dijo,—tener que pasar sobre vuestro cadáver al entrar en la habitacion de mi futura esposa.» Nos dimos la mano, y dentro de algunas horas, uno de los dos habrá dejado de existir.

DONATIEN. El cielo os protejerá y vivireis, y no dejareis la Francia.

THEOBALDO ¿Y de qué me sirve la amistad, si tengo en contra á la duquesa de Montbreusse?

DONATIEN. El ódio de la duquesa nace de un funesto error.

THEOBALDO ¿Y quién podrá destruirlo?

DONATIEN. Una persona que no tiene mas que pronunciar una palabra para que se convierta en alegría vuestra desesperacion.

THEOBALDO ¿Quién es, doctor, quién es?

DONATIEN. Silencio; que no nos vean juntos. Venid conmigo. (*Váse.*)

ESCENA III.

FRANCISCO. MARTA, *despues* MARÍA. *El primero llama á la puerta de la habitacion de María: la segunda aparece.*

MARTA. ¿Quién llama? ¡Ah! ¿Eres tú, Francisco?

FRANCISCO. El señor conde me manda á saber... ¡Está tan inquieto!... ¿Puedo decir al señor conde que la señorita va mejor?

MARTA. Decidle que el doctor así lo cree, y que yo, que lo he deseado tanto, estoy casi segura de ello.

FRANCISCO. Pero la señorita debe conocerlo mejor que nadie. ¿Qué responde cuando la señora duquesa la pregunta por el estado de su salud?

MARTA. ¡A mí, nada!

FRANCISCO. El señor conde tiene tanta confianza en mí... Quiere que yo la vea... pero si está descansando...

MARÍA. No, mi buen Francisco... ya me ves... Tranquiliza á mi padre!...

MARTA. ¡A todos responde menos á mí!

FRANCISCO. ¡Oh! ¡Teneis muy buen color!...

MARÍA. Sí, me siento bastante aliviada; pero sufro mucho todavia!

MARTA. ¡Qué imprudencia! ¡María! ¿levantarte?... ¿Pero por qué no me has llamado?

MARÍA. Si me hubiera sentido muy débil, habria llamado á Julia, mi doncella; pero gracias á las fuerzas que voy recobrando, no he tenido necesidad del apoyo de nadie.

MARTA. ¡Tus fuerzas, pobre niña! ¡Si apenas puedes tenerte en pié!... Ven conmigo; siéntate en este sofá. (*Va á tomarla del brazo, y María se apoya en el de Francisco.*)

MARÍA. Gracias, amigo mio: aquí descansaré un momento. Vuelve al lado de mi padre: díle que dentro de algunos minutos iré yo misma á darle un abrazo.

FRANCISCO. ¡Y que le recibirá como una bendicion del cielo! (*Váse.*)

ESCENA IV.

MARTA, MARÍA.

MARTA. ¡Oh! ¡Bien lo veo! ¡Me aborrece! ¿Y yo lo permitiré, cuando tengo en mi mano el evitarlo? ¡Pobre hija mia! Si es preciso, reclamaré el privilegio de mi desgracia, y esto me dará derechos á su compasion.

MARÍA. ¡Se marchó el doctor! No ha hecho bien de dejarme sola.

MARTA. ¿Sola, dices, María? ¿Te encuentras sola? ¿Te crees abandonada cuando yo estoy aqui?... ¿No soy ya nada para tí? ¿Si supieras el motivo que me ha obligado á obrar de esta manera?...

MARÍA. ¡El motivo! ¡Ya lo sé!

MARTA. ¿Tú?

MARÍA. Sí: he sorprendido tu secreto, Marta: conozco la verdad de tu situacion.

MARTA. Si fuera así, me esplicaría tu desesperacion, pero nunca tu aborrecimiento.

MARÍA. Marta, no me obligues á salir de mi silencio; no me precipites.

MARTA. ¡Habla, María, habla; yo te lo mando... yo te lo ruego!...

MARÍA. ¿Quieres que te recuerde tus ilusiones, ó tus esperanzas? ¿Tu felicidad? ¿Llevas tu crueldad hasta ese punto?

MARTA. ¡María!

MARÍA. Veinte veces te he visto temblar y palidecer en su presencia... Ayer mismo, ¿no lo recuerdas Marta? Ayer mismo, cuando se trató de mi matrimonio... óyeme; no soy tu hermana ahora; soy una pobre niña á quien has privado de un porvenir venturoso; cuya existencia has envenenado; pero esta pobre niña, sin esperiencia en el mundo; con el sentimiento puro de un amor legítimo; con la ligereza natural de los primeros años, no imaginaba, no podia imaginar que la fé jurada en los altares no era mas que una pantalla que cubria el fuego de una pasion criminal. Esta pobre niña, no sospechaba, no podia sospechar, que una hermana impelida del torbellino de los celos, sacrificase á sus insensatos caprichos la paz, la tranquilidad y el cariño de su familia; esta pobre niña no sabia, no debió saber nunca, que Marta de Lavienville, duquesa de Montbreusse, estaba enamorada de Theobaldo de Lucenay!...

MARTA. ¡Yo te doy las gracias, Dios mio!... Me has hecho en este momento la muger mas afortunada de la tierra! Escúchame.

MARÍA. ¡No me digas nada!... ¡Me engañarias otra vez!

MARTA. El obstáculo que te separa de Theobaldo, no es esa pasion culpable de que me acusas...

MARÍA. ¿Te olvidas de que tengo una prueba? ¿De que su retrato está en mi poder?...

Marta. Hace diez y ocho años que en la ciudad de Nápoles nació una niña: las lágrimas de una madre, involuntariamente criminal, rociaron su cuna. La sociedad y las leyes la arrojaban lejos de su familia; al mismo tiempo que condenaban á su madre al desprecio universal. Pero un noble anciano se apoderó de aquella inocente víctima de las preocupaciones sociales, y le dió su nombre, que era el nombre de su madre...

María. ¡Marta!

Marta. Desde entonces, la hija de la madre culpable no ha salido de la casa de los condes de Lavienville, y desde entonces esa madre ha cuidado de su hija, engañando la malicia del mundo, y haciendo ineficaz la severidad de las leyes... Esa madre recibió las caricias de su niñez, y la acompañó en los juegos de su infancia; esa madre puso en sus lábios la primera oracion de los cristianos; esa madre no se separó de la cabecera de su cama en la larga y dolorosa enfermedad que ha tres años padeció. Esa madre que dentro de su corazon ha sentido nacer, crecer y desenvolverse el sentimiento que no tiene igual entre los sentimientos humanos; esa madre se ha visto precisada á llamar hermana á su verdadera hija.

María. ¡Madre mia! (*Se abrazan.*)

Marta. ¡Hija mia!!

María. ¡Perdóname! ¡Díme que me amas!!

Marta. ¡Si, yo te amo!... Y es preciso que te quiera mucho para que no haya tenido vergüenza de confesarte mi secreto. ¡Yo no sé cómo el rubor no ha contenido mis palabras! ¡María! ¡María! ¡Vuelve á mi corazon! ¡Diez y ocho años sin poderte llamar hija!... ¡Hija mia!... ¡Hasta hoy no te he visto bien! ¡Qué hermosa, qué hermosa eres!... ¡Oyeme... ese retrato que has sorprendido en mis manos, no es el de Theobaldo... míralo bien!... ¡Míralo bien! Es el de Cárlos de Lucenay, su padre... El de Cárlos de Lucenay... ¿Me entiendes, hija mia?...

María. ¡Su padre!... Entonces... ¡Oh! no es posible que Theobaldo vuelva á esta casa, pero tampoco es justo que sus acusaciones caigan sobre tí. Voy á escribirle,

madre mia... Le diré... que mi corazon rechaza este matrimonio; que no me pida esplicaciones, porque no se las daré... que si me responde, no recibiré sus cartas... en fin, que renuncio á él para siempre. Voy á mi cuarto. Quiero estar sola, para coordinar mejor mis ideas. ¡Para escribir mi último adios á Theobaldo!... ¡Madre mia! (*Besándola.*)

ESCENA V.

MARTA. DONATIEN *poco despues.*

MARTA. ¡Un porvenir de lágrimas y de amargura! ¡Hé aqui su porvenir! ¡Dios mio! ¡Tu voluntad es terrible! ¡Tus misterios impenetrables! ¿Por qué no has tenido piedad de mi hija?

DONATIEN. ¡Mi deber es confesarlo todo!... ¡Cumpliré mi deber!

MARTA. ¿Sois vos, doctor?

DONATIEN. Venia, señora duquesa...

MARTA. ¿A colocaros nuevamente á la cabecera de su cama? Estoy segura de que no faltarán nunca á María, ni vuestra asistencia como médico, ni vuestra ternura como amigo.

DONATIEN. ¡Jamás!

MARTA. No lo dudo, porque sois el mejor y el mas honrado de los hombres...

DONATIEN. Señora, he vuelto á ver á Theobaldo de Lestrelles...

MARTA. Os ruego, señor doctor, que en estos momentos, no me exijais la esplicacion de mi conducta. Por dura y odiosa que os parezca, me limitaré á deciros que María la ha comprendido y aprobado.

DONATIEN. ¿María sabe ya?...

MARTA. ¡Que soy su madre! ¡Me ha costado mucho, pero se lo he dicho, se lo he confesado todo! No separeis de las mias vuestras miradas... ¿Os inspiro desprecio... no es verdad?

DONATIEN. No, señora duquesa... no.

MARTA. Gracias, doctor, gracias. ¡Vuestra estimacion vale mucho para mí!... Mi desgracia ha sido la obra de un

villano, de un infame, de un miserable... Y á pesar de lo que me oís, no me comprendereis, porque en vuestra vida sin mancha, no habeis conocido sino los sentimientos nobles y generosos que engrandecen á la humanidad.

DONATIEN. Ya es demasiado, señora... No me hableis ese lenguaje. (Necesito de todo mi valor en este momento)... ¡Pobre María! ¡Quiero secar sus lágrimas! He jurado que Theobaldo de Lestrelles será su marido.

MARTA. ¡Imposible! ¡Imposible!

DONATIEN. ¿Imposible, señora? ¿Creeis sin duda que esa union sería un sacrilegio? Os habeis dicho á vos misma en el misterio sagrado de vuestra conciencia: «Theobalde Lucenay no puede casarse nunca con la hija de Marta... de Marta deshonrada por Cárlos de Lucenay.»

MARTA. ¿Qué estais diciendo? ¿Cómo sabeis?

DONATIEN. ¿Os perdeis en conjeturas por adivinar? Conozco ese terrible misterio. La Providencia ha desgarrado el velo que le ocultaba á mis ojos... y os hablo así, porque es forzoso que el culpable confiese su crímen.

MARIA. El culpable... yo le conozco.

DONATIEN. No, no le conoceis: tengo que justificar á un hombre de bien á quien acusais... tengo que hacer cambiar en desprecio y en horror la estimacion que se concede á un miserable que no supo respetar á la que Dios habia colocado en sus manos para que la salvara... ¿Creeis sin duda que estoy delirando? No, señora duquesa... Negadme vuestro perdon, deshonradme por medio de vuestros lacayos, escupidme vuestro desprecio en la cara, pero dadme hoy mismo la felicidad de mi hija!...

MARTA. ¡Vos!... ¡vos!..

DONATIEN. Dejadme hablar, señora; dejadme deciros de rodillas que este miserable habia perdido la razon antes de cometer el crímen que confiesa: dejadme deciros que ese medallon, que ese retrato, causa de vuestro error, le habia sido confiado por su amigo Cárlos de Lucenay el mismo dia que salió de París... Ese medallon, señora... noche terrible la del 30 de mayo de 1770...

¡Duquesa de Montbreusse, dadme la felicidad de mi hija!

MARTA. ¡Dejadme! ¡Esto es un sueño horrible!

DONATIEN. ¡No!... ¡Es la realidad! Llamad á María... Ya comprendereis que despues de esta esplicacion yo no debo vivir; pero antes de separarme de su lado para siempre, quiero verla feliz. (*Ruido de un coche.*)

MARTA. Dejadme, os vuelvo á decir... ¡Salid de mi presencia!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, FRANCISCO. *Despues el* CONDE DE LAVIENVILLE.

FRANCISCO. El señor duque de Montbreusse acaba de llegar...

MARTA. ¡Gran Dios!...

CONDE. ¡Marta! ¡Marta! ¡Que roban á tu hija! (*En la mayor agitacion.*)

MARTA. ¡María!

CONDE. ¡Sí, sí! ¡Jorge! ¡Jorge! A pesar de su resistencia, de sus gritos...

MARTA. ¡Para entregarla al baron de Saberny!

DONATIEN. ¿Estais cierto de lo que decis, señor conde?

CONDE. Sí. ¡Jorge, abusando de los derechos que he renunciado en él!...

DONATIEN. ¡Derechos! ¡Nadie tiene derechos sobre mi hija!...

CONDE. ¡Su hija!

DONATIEN. Tranquilizaos, señora... ¡Perseguiré á ese hombre! ¡Se la disputaré!... ¡Se la disputaré al mismo Dios!

CONDE. ¡Miserable! ¿Eres tú?.. (*Tirando de la espada.*)

MARTA. ¡Padre mio! (*Arrojándose sobre él.*)

CONDE. ¡Es preciso que muera!

MARTA. ¡Es preciso que viva para que salve á María!

DONATIEN. ¡Sí, sí! ¡La salvaré! ¡La salvaré!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La decoracion del acto segundo.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARTA.

Al fin estoy sola, gracias á los amigos que han venido á visitar al duque de Montbreusse. El duque los encontraba importunos, pero yo los bendecia en el fondo de mi corazon. ¡Francisco!

ESCENA II.

MARTA, FRANCISCO.

MARTA. ¿Hay noticias de los fujitivos?

FRANCISCO. Ninguna, señora duquesa.

MARTA. ¡Ninguna! ¿Se sabe siquiera la direccion que han tomado?

FRANCISCO. Unicamente, Andrés ha podido averiguar... me ha dicho...

MARTA. ¡Pronto! ¡Pronto!

FRANCISCO. Parece que el señorito Jorge ha tomado el camino de Bonnieres, y es muy probable que le hayan detenido en la casa de postas...

MARTA. ¡El camino de Bonnieres! ¡Basta! Al momento mi carruaje, y á Bonnieres por el camino mas corto.

FRANCISCO. ¿A Bonnieres? ¿A estas horas?

MARTA. A Bonnieres, á París, fuera de Francia, al fin del mundo si es necesario.

ESCENA III.

MARTA.

¡Jorge ha atropellado por todo para robármela! Veremos á que se atreverá cuando me vea... Cuando yo se la reclame... Porque nadie puede hacer esto sino yo... ¡Ni el mismo que me ha prometido! ¿Con qué derecho la reclamaria? ¡Ninguno tiene sobre ella! ¡No lo tendrá jamás! ¡Mia es la obligacion de protejerla; de arrancarla de las manos de Jorje y de Saverny! ¡Si la niegan á su hermana, será forzoso que se la entreguen á su madre! ¡María! ¡Mi pobre María! (*Aparece María.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. MARÍA, DONATIEN *en el fondo.*

MARÍA. ¡Sí, Marta, soy yo! ¡No esperaba volverte á ver!

MARTA. ¡No volvernos á ver!... ¡Imposible!

MARÍA. Sin el arrojo y la decision del doctor Donatien...

MARTA. Cuéntame, mi pobre María; ¿Jorje te arrojaba en los brazos de Saverny, para pagar á ese miserable?

MARÍA. Sí, Marta mia: vencida por la violencia; encadenada á la voluntad de Jorje que representaba desde ayer la autoridad de mi padre, yo sabia que era preciso resignarme con mi suerte; pero la desesperacion me prestó energia, y mis gritos dieron la alarma á los criados del castillo y á los pacíficos habitantes de las cercanías. Todo hubiera sido inútil sin embargo, sin la repentina aparicion del señor doctor. A él debo mi libertad; á él

debo la esperanza tambien, porque me ha dicho que mi amor á Theobaldo, este amor que es mi felicidad, mi vida, no ofende á Dios... ni á mi madre. (*En voz bája.*)

MARTA. Sí, María; puedes y debes ser feliz, ámale con toda libertad.

MARÍA. Venid aquí, señor doctor, no os quedeis tan retirado. ¡Marta!... ¡Y cómo pagar tantos beneficios!... A mí sola me será imposible. Me ayudarás tú.

MARTA. ¡María!

MARÍA. No te he contado sino muy por encima mi aventura. El señor Donatien ha hecho alarde de valiente y de forzudo. ¡Ha espuesto su vida por salvarme!

DONATIEN. (¡Oh! Se agitaban aquí dentro la voluntad y el corazon de un padre.)

MARÍA. Venid, doctor; mi hermana quiere daros las gracias.

MARTA. Señor Donatien... ¡La habeis vuelto á mis brazos!...

DONATIEN. Os lo habia prometido, señora.

MARÍA. ¿Cómo? ¿Es eso todo lo que le dices, cuando ha estado por mi causa á punto de recibir la muerte? ¡Sí; la muerte!... ¡Porque Jorje lo habia jurado! Y el doctor no hizo caso de los juramentos de Jorje, ni de sus amenazas, y se metió entre los caballos, y los detuvo en su carrera. Jorje, pálido y armado de pistolas, se preparaba á deshacerse de mi libertador, cuando llegaron en tropel algunos aldeanos. La alarma habia cundido, y de todas partes y por todos lados aparecian numerosos grupos que acudian á la defensa del hombre á quien llaman el amigo de los pobres; la providencia de los huérfanos.

MARTA. Sí; el número de las buenas acciones del señor Donatien es infinito... y la gratitud de algunos de sus favorecidos, será eterna.

MARÍA. Probémosle, pues, la nuestra: en cuanto á mí, no me consideraré completamente felíz, hasta que no estreche su mano entre las mias.

DONATIEN. ¡Ah! ¡No tanto, María... no tanto!

MARÍA. Mereceis mucho mas; y sino, que se lo pregunten á Theobaldo, y vereis como es de mi opinion.

DONATIEN. ¡Theobaldo!... ¿Qué será de él? (*Mira el reloj.*) Aun

no es la hora. De buena gana sería yo el portador de cierta grata noticia.

MARÍA. Sí... ¡Pues voy á escribirle!... ¿Me lo permites, hermana mia?

MARTA. Sí, María; repara el mal que yo le he causado involuntariamente.

MARÍA. Mientras yo escribo, habla con el señor Donatien; dirijele algunas palabras de gratitud, de amistad, de cariño... Va á tenerte por ingrata... y eso que no sabe... Es un escelente hombre... No hay muchos padres que se hubieran espuesto á tanto por su hija.

MARTA. Tiene razon... le hablaré. Señor Donatien.

DONATIEN. Señora...

MARTA. Os doy las mas espresivas gracias...

MARÍA. Vamos... eso ya es algo. (*Escribiendo.*)

DONATIEN. Os pido en recompensa mi perdon. (*Bajo.*)

MARTA. Mi memoria es muy fiel, y no olvidaré jamás lo que habeis hecho por María...

DONATIEN. Señora, he dado diez y ocho años de mi vida en espiacion de lo pasado, para que Dios me lo tomara en cuenta... Me equivoqué; la espiacion empieza hoy.

MARTA. ¿Hoy, doctor?

DONATIEN. Sí, duquesa de Montbreusse; y la que me impongo voluntariamente yo, es de las mas terribles, de las mas dolorosas...

MARTA. ¿Aludis sin duda, á vuestro próximo destierro?

DONATIEN. No señora. No tengo el derecho de desterrarme, porque el caballero Jorje de Lavienville tiene el de amenazarla, y puede perderla. Es indispensable que el libertino y desapoderado me tropiece á todas horas en su camino. No está mi castigo en el destierro. Al contrario, está aquí; en contemplar á mi alrededor y en todas las familias que me cerquen, esa felicidad que yo he perdido para mientras viva; esa felicidad que convertirá mi aislamiento en un abismo sin fondo! ¡Velar en su defensa noche y dia; abandonar mi fortuna para enriquecerla; dar mi existencia para salvar la suya!... ¡He aquí lo que los hombres llaman sacrificios, y yo la felicidad en la tierra!... Pero vivir cerca de una hija; amarla con delirio y no darse nunca á conocer; verla

pasar todos los dias con la sonrisa en los lábios y la alegria en el corazon, y no pedirla una caricia... Condenarse á no decirla nunca: ¡Yo, soy tu padre! ¡Esto, señora, si que es deventura y sacrificio!... ¡Esto es la verdadera espiacion!

MARTA. ¡Ay!... ¡Os creo!... ¡Sois muy desgraciado!...

DONATIEN. ¡Y la acepto con gusto, señora, si al fin me alcanza vuestro perdon!

MARTA. Si las lágrimas de una pobre mujer que sufre y llora, porque comprende vuestro sacrificio y vé vuestro remordimiento, suben hasta Dios; si es necesario para desarmar el brazo de su justicia, que vuestra víctima implore la gracia divina, os lo prometo, os lo juro!... ¡El cielo os perdonará!...

MARÍA. Ni siquiera le ha dado una mano para que se la bese. Señor Donatien, he aqui la carta. No la he cerrado, Marta. Puedes leerla.

MARTA. Es inútil, María. ¿Qué puede brotar de tu corazon, sino inspiraciones puras y pensamientos inocentes?

DONATIEN. Os dejo pues; no tardaré en volver.

MARÍA. Esperad, señor doctor; el carácter de la duquesa es demasiado frio... Os ha dado las gracias de un modo tan poco amistoso... Yo remediaré su falta y pagaré por las dos. (*María dá un beso en la frente á Donatien.*)

DONATIEN. ¡María!

MARÍA. Y espero que me le devolvais el dia de mi matrimonio.

DONATIEN. ¡Deciais bien, señora, cuando me anunciabais el perdon del cielo!... ¡Me ha perdonado ya! .. (*Marta conmovida enjuga sus lágrimas y se sienta. Aparece Jorje.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS. JORGE.

JORGE. ¡Marta!

MARTA. ¡Jorje!...

MARÍA. ¡Jorje!...

DONATIEN. ¡Tranquilizaos!

JORGE. No vengo, Marta, á pedirte que me entregues á María.

MARTA. ¿Qué quieres, pues?

JORGE. He venido á vengarme.

MARÍA. ¡Oh!

DONATIEN. No temais nada... estoy yo aquí.

JORGE. He venido á vengarme de tí y de tu amante.

MARÍA. ¡Su amante!

DONATIEN. Jorje de Lavienville, cuenta con lo que decis: no seré tan generoso la segunda vez como lo he sido la primera.

JORGE. ¿Si no fuera ese hombre el padre de María, llevaria su insolencia hasta ese punto?

DONATIEN. ¡Miserable!

MARÍA. ¡Mi padre! (*María se precipita en los brazos de Marta, que oculta su semblante entre sus manos.*)

JORGE. Acerté, mi querida Marta. Mi venganza será terrible, porque así la reclama mi honor perdido y mi esperanza destruida. Acabo de remitir una carta al duque de Nontbreusse, y en ella le digo que tengo que revelarle la deshonra, la mancha que pesa sobre nuestra familia. Aquí le espero.

MARTA. ¡Perdida para siempre!

DONATIEN. ¡Os juro que no hablará!... (*Al precipitarse sobre Jorje, aparece el conde de Lavienville.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. EL CONDE DE LAVIENVILLE.

CONDE. ¡Salid, caballero! (*A Donatien.*)

JORGE. ¡Padre mio!

CONDE. Jorje de Lavienville; el duque de Nontbreusse ha leido vuestra carta en mi presencia, y yo vengo á daros la respuesta que merece... Dejadme solo con mi hijo.—Caballero, os lo mando. (*A Donatien.*)

ESCENA VII.

El conde de Lavienville, Jorge.

Jorge. Os ruego, padre mio, que no me exaspereis con acusaciones ni amenazas inútiles. No me hableis tampoco en favor de Marta, porque mi voluntad es firme, y nada podrá cambiar mi resolucion.

Conde. Hablais, caballero, de vuestra voluntad, y aun no sabeis cuales son mis órdenes. Esperad. (*Cierra las puertas.*)

Jorge. ¿A qué vienen esas precauciones?

Conde. Es preciso que nadie oiga lo que va á decir el padre que no puede vivir, al hijo que debe morir... (*Coloca dos pistolas sobre la mesa.*)

Jorge. Esto es un acto de demencia...

Conde. Que no debeis estrañar.

Jorge. Yo no puedo consentir en que esas armas estén por mas tiempo en vuestro poder.

Conde. ¡Si dais un paso mas, convierto al hijo ingrato y desobediente, en parricida! (*Colocando la boca de la pistola en una sien.*)

Jorge. ¡Parricida!

Conde. Jorje de Lavienville, querias revelar al duque de Montbreusse el deshonor de Marta; pero os olvidasteis de que el desprecio, la vergüenza y la humillacion caian sobre mí, único autor de esa mentira que ha ocultado durante diez y ocho años la deshonra de una familia. Sesenta años de una vida sin mancha; un corazon que no han abatido nunca ni las privaciones de la guerra, ni los rugidos del huracan, ni la influencia poderosa del tiempo; un brazo firme que recobra el vigor de la juventud, apenas siente el peso de una pistola ó de una espada, y una voluntad de hierro que ha podido siempre, porque ha querido... Todo esto, Jorje de Lavienville, te probará de que has errado el golpe, de que el duque de Montbreusse nada sabrá; de que el conde Rolando de Lavienville, contra-almirante de Francia,

ha resuelto, y jura conseguirlo, no ruborizarse en la presencia del duque de Montbreusse.

Jorge. ¡Padre mio!

Conde. Silencio, y escucha, Jorge de Lavienville.—Heredero de un nombre ilustre, recibiste una educacion esmerada. Tus instintos y tu nacimiento, y mi escesiva condescendencia te llevaron á la córte, y en ella brillaste por la profusion de tus gástos; por la riqueza de tus trenes. Abierto encontraste mi bolsillo, siempre que se trató de dar mas brillo á tu posicion personal, y abierto le encontraste tambien cuando tus caprichos aristocráticos te lanzaron en las cuevas de los usureros Esta ha sido mi conducta para contigo. ¿Quieres saber la tuya?

Jorge. No, padre mio; sé cuál ha sido; pero sé tambien que la fatalidad me arrastra, me precipita en el torrente de la degradacion y de la infamia. Hay una circunstancia en mi vida que me ahoga. Es un dogal que he querido hacer pedazos inútilmente, que está en poder del baron de Saverny.

Conde. ¿Y por salvarte tú, sacrificas, miserable, sacrificas á tu hermana; has atentado contra la autoridad legítima de tu padre; te aprovechas de un arma que la casualidad, que el crímen ha puesto en tus manos? ¡Esa carta de la condesa de Lavienville, prueba irrecusable del nacimiento de María, del deshonor de Marta; esa carta es un legado que me dejó tu madre, es mia!... porque es mi herencia; porque es un tesoro que exijo se me devuelva... y el que me la ha robado, es, no solamente el asesino de mi vida, s no lo que es mas degradante y vergonzoso, el ladron de mi propiedad.—¡Eh! ¡No retiro ni una de mis palabras!... ¡Asesino y ladron!—¡Jorge de Lavienville!... ¡No tiembles... yo te daba con mas valor... creia que mi sangre no hubiera degenerado tanto, circulando por tus venas!... ¡Jorge de Lavienville; cuando este pobre viejo, débil y encorbado por sus padecimientos, mas que por los años, se despojó voluntariamente de sus derechos y renunció su autoridad en tí, se reservó!... ¿No recuerdas qué? Se reservó el rayo que

abrasa la tranquilidad del espíritu; se reservó la ponzoña que esteriliza el corazon de un padre; se reservó su maldicion eterna!

JORGE. ¡Padre mio! ¡Padre mio! Que no salga nunca de vuestra boca... (*Dándole la carta.*) Tomad.—¿Pero qué recurso me queda si el duque de Montbreusse exige?...

CONDE. ¡Uno, Jorge de Lavienville! ¡El silencio de los sepulcros, la muerte! (*Entregándole una pistola.*)

JORGE. ¡Gracias, padre mio! ¡Vuestro perdon!

CONDE. ¡Besadme la mano... de rodillas!... (*Jorge se arrodilla.*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. MARTA. MARÍA. DONATIEN, *que atraviesa rápidamente y desaparece por el fondo.*

MARTA. Corred, padre mio; evitad una nueva desgracia... Aquí mismo... á las puertas de este pabellon... Theobaldo de Lestrelles y el baron de Saverny... (*Suenan dos tiros.*)

MARÍA. ¡Ay!! (*Arrojándose en los brazos de Marta.*)

ESCENA IX.

MARTA. MARÍA. EL CONDE DE LAVIENVILLE. THEOBALDO. JORGE. DONATIEN. *Momentos de silencio. El conde apoyado en el hombro de Jorge.*

CONDE. ¡Oh! ¡Dia funesto! ¡Dia de maldicion!

MARTA. ¡Theobaldo! (*Momentos de silencio.*)

MARÍA. ¡Oh! ¡Qué felicidad!

THEOBALDO. ¡Señor conde!

CONDE. Hablad sin recelo...

THEOBALDO. El baron de Saverny ha muerto. La suerte de las armas le ha sido contraria; pero su comportamiento ha sido digno de un caballero. Antes de espirar, me ha

suplicado que pusiese en vuestras manos este escrito. (*A Jorge, que toca la campanilla y aparece Francisco.*)

JORGE. Entregad inmediatamente esta carta al duque de Montbreuse.

MARTA. ¡Jorge!

JORGE. ¡Hermana mia; ese papel encierra la confesion de mi crímen; quien ha deshonrado á la familia soy yo.

CONDE. Bien, hijo mio, bien. (*Donatien dice en voz baja al conde, dirigiéndose.*)

DONATIEN. Señor conde de Lavienville, voy á partir... dentro de pocos dias abandonaré la Francia. ¡No la volveré á ver en este mundo! ¿Me permitis que por primera y última vez la estreche entre mis brazos? ¿Qué respondeis?

CONDE. ¿No estais viendo que las lágrimas me ahogan? (*Donatien fija los ojos con ternura en María y la espera con los brazos abiertos. María, obedeciendo á Marta, se precipita en ellos. Donatien dá un beso á María, y se separa de ella. Theobaldo le acompaña hasta la puerta del fondo.*)

MARTA. ¡Ni una palabra, María!

DONATIEN. ¡Hacedla feliz!

THEOBALDO. ¡Os lo juro!

MARTA. ¡Perdonadle, Dios mio!

FIN DEL DRAMA.

s pobres de Maridd
bertinaje y pasion.
bertad en la cadena.
planta exótica.
paloma y los halcones.
s mujeres.
gratitud y el amor.
legó el martes!
a gratitud de un bandido,
ó 2.ª p. de D. Corrientes.
a batalla de Covadonga.
a estrella de la esperanza.
os lazos de la familia.
a mariposa.
os quid pro quos.
a cuenta del zapatero.
a mala semilla.
a huella del pecado.
os maridos.
a hipocresia del vicio.
a caza del gallo.
a frutera de Murillo.
a piel de leon.
a campana de la Almudaina
os tres banqueros.
i mamá.
al de ojo.
ariana Labarlú.
ucho ruido y pocas nueces.
Iartin Zurbano.
ocedades.
arta y Maria.
lentiras y dulces.
egro y blanco.
inguno se entiende, ó un hombre tímido.
obleza contra nobleza.
o es oro todo lo que reluce.

Nuevo método de buscar marido
Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas la de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero
Pelayo.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¡Quién vive!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
Rival y amigo.
¡Rico... de amor!
Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*P. de Madrill.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.

Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifuequc.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una renta y un sombrero.
Una mentira inccente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo
Una equivocacion.
Un retrato á quema-ropa
Un cuerdo loco y un loco cuerdo.
Ver y no ver.
Verdades amargas.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ngélica y Medoro.
rmas de buena ley.
idé: *Música*.
zon Vizconti.
cual mas feo.
uenas noches, vecino.
eltran el aventurero.
Clavejina la Gitana.
upido y Marte.
osas de D. Juan.
uando ahorcaron á Quevedo.
egar para ver.
éfiro y Flora.
on Crisanto ó el Alcalde proveedor.
on Sisenando.
l doctrino.
l ensayo de una ópera.
l grumete.
l calesero y la maja.
l Vizconde.
l perro del hortelano.
l secuestro de un difunto.
l lancero.
l delirio: *drama lírico*.
l dominó azul.
nredos de carnaval.
l postillon de la Rioja: *Música*.

El mundo á escape.
El novio pasado por agua: *Música*.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El zuavo.
Farmelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa ó el suegro ómnibus.
Las bodas de Juanita: *Música*.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La dama del rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La cacería real.
Los conspiradores.
La modista.
La huérfana.

La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra
Los jardines del Buen Retiro
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona
La pensionista.
La guerra de los sombreros
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo: *Música*.
Marina.
Moreto: *Música*.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una.
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, número 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejada.
Córdoba	Lozano.
Coruña	García Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	García.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Saulúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Powor.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.ª
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.